

LA OBRA CIENTÍFICA DE JOSÉ INGENIEROS

Conferencia inaugural

SEÑOR RECTOR:

SEÑORES PROFESORES:

ESTIMADOS COLEGAS Y AMIGOS:

JOVENES ESTUDIANTES:

Una cátedra universitaria, y más de la índole de la que se me ha confiado, es un grande honor y una muy pesada responsabilidad. Este mismo sentimiento no es nuevo para mí pues, me embargó hace ocho años justos, cuando en Mayo de 1921 me hice cargo de ella, a invitación del Honorable Consejo, pero esta vez se encuentra acrecentada por el hecho de haberme designado para regentearla el voto unánime del Consejo Directivo de la Facultad y del Consejo Superior de la Universidad. Tal confianza obliga mi gratitud, que gusto expreso.

¡Ocho largos y difíciles años! Esto ya justifica una segunda conferencia inaugural. Si algo me aflige en verdad, es que siendo durante casi todo ese tiempo, prácticamente, el titular de la cátedra, nada pude hacer por ella, fuera de mi modesto esfuerzo y contribución individual. Durante todo este tiempo ¡cuántos acontecimientos, gestiones, notas, protestas, ante las autoridades de la Facultad, ante el Poder Ejecutivo y el Parlamento de la Provincia! ¡Cuántas vanas promesas, a pesar de tratarse de una indispensable colaboradora de la justicia, cara al corazón de los hombres! Esta indiferencia por la función médico-legal de magistrados, estadistas o universitarios ha sido uno de los motivos por los que he creído en su falta de interés, ya que no por los juicios, por la función judicial y el progreso científico, y pensé más de una vez si la cátedra a mi cargo no estaba de más en esta casa de altos estudios. Ocho años y la cátedra de Medicina Legal continúa en la misma absoluta orfandad de elementos, de personal, de colaboración, casi

como en la época de Bialel Massé, el hidalgo y fuerte fundador de esta cátedra. Sólo a través de este largo período, he podido comprender cabalmente los insensatos desgastes de energía a que se somete a los hombres para avanzar un paso —si se avanza—. Debo declarar empero que tantos años, tantos contratiempos, a pesar de haberme lastimado, no han logrado entibiar mi entusiasmo por las cosas excelentes.

Acabamos de salir de una dura y singular situación, y hoy más que nunca se impone como un imperativo vital la necesidad de hacer Universidad. Dentro de ella es ilícito tener ningún pensamiento, fuera del de su progreso cultural, humano y científico. Todas nuestras energías, tensamente dirigidas, deben aplicarse a construir una Universidad allí donde no sea más que una apariencia. No es sólo la misión de enseñar la que nos impone el cargo profesoral, es también la de investigar, pues como dice Houssay con palabra autorizada: “Las Escuelas Médicas en que no se hacen investigaciones son sub-universidades, meras escuelas de oficio, y no universitarias”. Es necesario aún más: convertir la cátedra en un hogar de trabajo, en que a través del instituto, se perfile una orientación de Escuela, y hacer de ella un centro de humana cultura de la que trascienda su misión social.

No son sólo los distinguidos colegas que se aprestan a realizarla sino también la multitud de jóvenes que con decidido paso se allegan para solicitar lugar en herencia tan comprometida, grávida de deudas, problema y responsabilidades. No a pedir ventajas, sino a precipitar el ritmo evolutivo, que se ha dejado retardar en la siesta mediterránea y semicolonial.

En este momento en que la voz se multiplica en el eco de tantas almas jóvenes, cumplo regocijado con una noble tradición que impone al nuevo profesor expresar su deuda de gratitud, evocando aquellos de mis maestros que han nutrido mi espíritu con sus enseñanzas en la ciencia y en la vida. Tengo bien presente la honda emoción de respeto que me sobrecogía en mis horas de estudiante ante las imágenes de Claudio Bernard, Pasteur, Velpeau, Tardieu y tantos otros, por su noble obra científica y humana, siempre tras de la verdad, en lucha con las potencias destructoras de la salud y de la vida. Hermosos tipos de sabios que en la nobleza de

su gesto y en la austeridad de sus vidas me han alentado en los graves momentos y en las serias dificultades. Vidas consagradas al trabajo y a la ciencia, mi pequeñez se sentía elevada hacia ellos por el ejemplo de la pasión que ponían en las nobles cosas del espíritu. La comunión en la misma ansia, ya que no en la capacidad y en el empuje, me han dado la fuerza para llegar a esta cátedra.

Más cerca de mí, tengo ahora presente a mis profesores de la Universidad de Buenos Aires, que más directamente me impartieron de manera generosa sus enseñanzas. La emoción los aureola de la digna belleza con que se adorna en el recuerdo las figuras familiares. Y ya que no es posible referirme a todos ellos, recordaré tan sólo algunos de los que más he frecuentado. Sus nombres afloran en mi afecto con tanta mayor espontaneidad cuanto que a ninguno debo la ayuda material para los menesteres de una carrera; sino el ejemplo de su solidaridad social, la inapreciable ayuda moral e intelectual de sus luces, no de manera deprimente o por precio de reciprocidad, sino con una generosidad y un puro amor de enseñar, —casi siempre prolongada en una amistad honrosa— que jamás olvidaré, cualquiera sean las vicisitudes que lleven por encontrados caminos a los hombres.

A Mariano Castex, que entra a la lucha contra la enfermedad con ritmo de batalla, tan enjundioso, el esforzado de la nueva medicina, capaz de los doce trabajos de Hércules, a cuya enseñanza en el Hospital Durand, como médico y practicante, tanto debo.

A Telémaco Susini, cuyas lecciones me traían patentes reminiscencias de Jaccoud y Trousseau, que quería hacer revivir con elocuencia ante una víscera o un corte microscópico, la palpitante historia biopatológica de un organismo, con sus luchas y desequilibrios funcionales, la vida y la muerte, la realidad y el más allá... Insensiblemente se iba deslizando hasta la sociedad y los hombres, hacia el mundo y sus problemas, motivo central de sus preocupaciones. Sus palabras eran un vivo trasunto de aquel sentimentalismo, bienaventurado e ingenuo, que hizo de la Civilización y de la Humanidad, ilusionadas palabras, así, con mayúscula, y con solemnidad (sus labios se sentían plenos y se percibía el velo emo-

como en la época de Biale Massé, el hidalgo y fuerte fundador de esta cátedra. Sólo a través de este largo período, he podido comprender cabalmente los insensatos desgastes de energía a que se somete a los hombres para avanzar un paso —si se avanza—. Debo declarar empero que tantos años, tantos contratiempos, a pesar de haberme lastimado, no han logrado entibiar mi entusiasmo por las cosas excelentes.

Acabamos de salir de una dura y singular situación, y hoy más que nunca se impone como un imperativo vital la necesidad de hacer Universidad. Dentro de ella es ilícito tener ningún pensamiento, fuera del de su progreso cultural, humano y científico. Todas nuestras energías, tensamente dirigidas, deben aplicarse a construir una Universidad allí donde no sea más que una apariencia. No es sólo la misión de enseñar la que nos impone el cargo profesoral, es también la de investigar, pues como dice Houssay con palabra autorizada: “Las Escuelas Médicas en que no se hacen investigaciones son sub-universidades, meras escuelas de oficio, y no universitarias”. Es necesario aún más: convertir la cátedra en un hogar de trabajo, en que a través del instituto, se perfila una orientación de Escuela, y hacer de ella un centro de humana cultura de la que trascienda su misión social.

No son sólo los distinguidos colegas que se aprestan a realizarla sino también la multitud de jóvenes que con decidido paso se allegan para solicitar lugar en herencia tan comprometida, gravida de deudas, problema y responsabilidades. No a pedir ventajas, sino a precipitar el ritmo evolutivo, que se ha dejado retardar en la siesta mediterránea y semicolonial.

En este momento en que la voz se multiplica en el eco de tantas almas jóvenes, cumplo regocijado con una noble tradición que impone al nuevo profesor expresar su deuda de gratitud, evocando aquellos de mis maestros que han nutrido mi espíritu con sus enseñanzas en la ciencia y en la vida. Tengo bien presente la honda emoción de respeto que me sobrecogía en mis horas de estudiante ante las imágenes de Claudio Bernard, Pasteur, Velpeau, Tardieu y tantos otros, por su noble obra científica y humana, siempre tras de la verdad, en lucha con las potencias destructoras de la salud y de la vida. Hermosos tipos de sabios que en la nobleza de

su gesto y en la austeridad de sus vidas me han alentado en los graves momentos y en las serias dificultades. Vidas consagradas al trabajo y a la ciencia, mi pequeñez se sentía elevada hacia ellos por el ejemplo de la pasión que ponían en las nobles cosas del espíritu. La comunión en la misma ansia, ya que no en la capacidad y en el empuje, me han dado la fuerza para llegar a esta cátedra.

Más cerca de mí, tengo ahora presente a mis profesores de la Universidad de Buenos Aires, que más directamente me impartieron de manera generosa sus enseñanzas. La emoción los aureola de la digna belleza con que se adorna en el recuerdo las figuras familiares. Y ya que no es posible referirme a todos ellos, recordaré tan sólo algunos de los que más he frecuentado. Sus nombres afloran en mi afecto con tanta mayor espontaneidad cuanto que a ninguno debo la ayuda material para los menesteres de una carrera; sino el ejemplo de su solidaridad social, la inapreciable ayuda moral e intelectual de sus luces, no de manera deprimente o por precio de reciprocidad, sino con una generosidad y un puro amor de enseñar, —casi siempre prolongada en una amistad honrosa— que jamás olvidaré, cualquiera sean las vicisitudes que lleven por encontrados caminos a los hombres.

A Mariano Castex, que entra a la lucha contra la enfermedad con ritmo de batalla, tan enjundioso, el esforzado de la nueva medicina, capaz de los doce trabajos de Hércules, a cuya enseñanza en el Hospital Durand, como médico y practicante, tanto debo.

A Telémaco Susini, cuyas lecciones me traían patentes reminiscencias de Jaccoud y Trousseau, que quería hacer revivir con elocuencia ante una víscera o un corte microscópico, la palpitante historia biopatológica de un organismo, con sus luchas y desequilibrios funcionales, la vida y la muerte, la realidad y el más allá... Insensiblemente se iba deslizado hasta la sociedad y los hombres, hacia el mundo y sus problemas, motivo central de sus preocupaciones. Sus palabras eran un vivo trasunto de aquel sentimentalismo, bienaventurado e ingenuo, que hizo de la Civilización y de la Humanidad, ilusionadas palabras, así, con mayúscula, y con solemnidad (sus labios se sentían plenos y se percibía el velo emo-

cional con que las pronunciaba), el motivo primero de sus discursos e inquietudes. Es una de los maestros ¡tan autorizado! que aún sigue alentando con su ejemplo y con su consejo la obra de la generación del diez y ocho.

A Rómulo Chiáppori, en quien ví al médico ejemplar, tan sincero en sus dudas, tan modesto en su sabiduría, pródigo en enseñanzas, cuya digna austeridad nada tenía de augur.

A Juan Orrico, de esta Universidad, a cuyo lado aprendí Neurología Infantil, admirando su gran don clínico y su ejemplar honestidad científica. No puedo olvidar ahora que en todo momento me ha alentado en días adversos.

Muchos otros maestros de reales méritos y de fama he apreciado: a Güemes, a través de quien comprendí el valor substancial de la bondad en el ejercicio médico; a Penna, cuyo talento y virtudes lo destacan en su época; al excelente Pascual Palma; al caballeresco Abel Ayerza, el Dieulafoy porteño; a David Speroni, que tenía organizada con escasos elementos una de las mejores cátedras que he conocido.

Cuando consciente de mi incompletud intelectual dirigíme por imperiosa necesidad a la Facultad de Filosofía y Letras, dos personalidades se impusieron a mi predilección. La de Alejandro Korn, que, enteramente olvidado de su tesis de 1883, entonces herética —más positivista que la del mismo Lombroso— exponía con suma profundidad y elegancia su posición neo-kantiana y escéptica. A él debo mis primeras dudas e inquietudes filosóficas, que adquirirían trágicos contornos en el alma del adolescente, y también el goce incomparable de la música de las ideas.

En otra aula, en contrapunto con don Alejandro, conocí la robusta personalidad de Christofredo Jakob, que iniciaba su curso de *Biología*. A través de él comprendí el valor y aprendía a respetar el formidable empuje del movimiento científico de los países sajones, al que tanto debe el pensamiento universal.

I. INGENIEROS Y SU EPOCA

Pero el que más decididamente influyó en mí fué José Ingenieros. No se siente en verdad discípulo de un maestro si no se ha vivido en la intimidad de sus ideas, de su vida, de sus obras.

No se es discípulo si no se vive algo de su sustancia, si no se trabaja bajo su severa disciplina, si no hemos sido guiados por su consejo. Riehet habla de la felicidad del maestro cuando puede trazar el plan de una investigación, pasar horas con sus discípulos para inspirarles trabajos que le son tan queridos como los suyos, ayudarles técnica y bibliográficamente. No es menor el goce del discípulo, al iniciarse en esta noble y maravillosa empresa de la ciencia, bajo dilecta dirección.

Mis relaciones con Ingenieros no fueron de índole científica. Cuando lo conocí en 1914, dirigía la "Revista de Filosofía" y su gran empresa educacional "La Cultura Argentina", preparaba los materiales para su obra histórica, filosófica, ética, sociológica. Sus preferencias estaban ya entonces en esta índole de labor, casi por entero divorciada de su época científica, sin embargo recientísima. Sus actividades universitarias, bastante esporádicas, que desde entonces seguí, se desarrollaron todas ellas en la Facultad de Filosofía y Letras: en 1915 el "Seminario de Filosofía", en Junio de 1917 las lecciones sobre *Emerson y el eticismo* en la cátedra de Etica y Metafísica, que editó muy luego bajo el título de "Hacia una Moral sin Dogma", y en 1919 el Curso de Psicología (1er. año) a que después hago referencia. En el quinquenio de 1916 al 21 en que le estuve íntimamente vinculado, tenía la sensación de que su interés por la ciencia médica, sus trabajos de Criminología y Psiquiatría, su preocupación por la Psicología y Psicopatología pertenecían ya a un pasado distante. Pocas veces referíase en la conversación a cuestiones científicas. No quiere decir esto que se desentendiera por completo —lo prueba su curso de Psicología, la exposición de las doctrinas de Ameghino, la conferencia sobre el Dante y variadas notas críticas,— pero de manera circunstancial. Ingenieros se dejaba absorber totalmente por la obra que tenía entre manos, entregado a la preocupación cultural, filosófica y social que dominó su primera juventud y que fué la generosa pasión de los años que precedieron a su muerte. Ingenieros tenía, por otra parte, una manera muy personal de trabajar. Había comprobado que la colaboración convertíase a menudo en una carga para él y útil sólo para el "colaborador", sin mayor provecho para el trabajo común, y se acostumbró desde temprano a prescindir de los demás. Es así cómo en su inmensa producción no tiene un

solo trabajo en colaboración (no vale la pena recordar algún informe médico-legal). Tal vez de los únicos que haya gozado del privilegio de su constante dirección fué Eusebio Gómez, en los tiempos del Instituto de Criminología. No era pues el tipo del maestro o “patrón” muy bien descripto por Tellez Plascencia, indispensable para una labor científica de Escuela, siempre colectiva. Su influencia se ejercía principalmente mediante sus escritos.

En otra parte he explicado ampliamente por qué atraía Ingenieros a los jóvenes con tanta intensidad, por qué su nombre les era y continúa siendo querido, y por qué su vida y sus obras les merece constante atención. Tanto como su prestigio científico me atrajo pues el Ingenieros de las grandes empresas culturales, de la “Evolución de las Ideas Argentinas” de “El Hombre Mediocre”, de la actividad cultural pródiga e incansable, el Ingenieros ironista y atrevido lleno sin embargo de equilibrio, el de los arrestos viriles frente a la burocracia intelectual.

*

* *

Cuando llegaba al término de mi carrera, la brillante generación que tuvo por elementos más representativos a Ramos Mejía, Güemes, Penna, De Veyga, Susini, Coni, Justo, Sicardi, Lagleize, Decoud, Ayerza, terminaba su obra, y algunos de ellos ya no existían. El panorama era desolador, como para desalentar al que se iniciaba en las materias de mi vocación, la Psiquiatría y la Psicología, la Criminología y la Medicina Legal; encontré un vacío, difícil de imaginar hoy, en que una multitud de hombres jóvenes, entusiastas y estudiosos, dan muestra de gran vitalidad y constituyen más que una esperanza.

Ningún propósito de detrimento puede caber en mi espíritu y menos en ocasión como esta. En Medicina Legal hasta el recuerdo de De Veyga se había borrado, se entretenía a los alumnos largas horas con los cuentos no vividos de Brouardel. Ningún interés por todos aquellos problemas de ética, de justicia, de ciencia, que dan a la materia, a la vez que un sentido cultural que apasiona, un valor social que trasciende. La aspiración a la justicia, a una justicia inspirada en la ciencia y sus métodos, como quería Inge-

nieros, se había convertido en la caza de succulentos informes médicos legales.

Languidecía por diversos motivos el Instituto de Criminologías, donde fué acogido por mi buen amigo el Dr. Helvio Fernández. Esa institución prácticamente no existía, y menos la Sala de Observación de Alienados. La Sociedad de Psicología había cesado de vivir desde 1911, precisamente el mismo año en que se retiró Ingenieros, después de un trienio de acción fecunda y de haber impulsado la constitución de la *Sección Psicología del Congreso Científico Americano del Centenario*, el esfuerzo de conjunto más serio en la materia hecho hasta el presente entre nosotros.

En el dominio de las neurosis, de tan apasionante y vivo interés estábamos en general en un *statu quo* de un cuarto de siglo, casi en la misma situación que cuando Ingenieros escribió “Los Accidentes Histéricos y las Sugestiones Terapéuticas” (1914), obra que ya había nacido vieja.

La Psiquiatría existía como un gran organismo burocrático, arbitrariamente regido. En el Hospicio de las Mercedes pasábase por un extraño período de transición, en que era nula la actividad de la Escuela.

Su retirada del campo científico, que se produjo desde su partida del país en 1912, y cuyo ciclo se cumple con la publicación de la “Criminología” y “Psicología biológica” (editadas en la “Biblioteca Científico - filosófica de Jorro” en 1913), coincide pues con una visible decadencia del cultivo de la psicología y de la psiquiatría, de la psicopatología, de la medicina legal y de la criminología. No en vano había expresado desde París, en 1906, la gran complacencia que tuvo al escuchar de labios del gran psicólogo Henri Pieron, repetir “que en la Argentina se produce más y mejor que en todos juntos los demás países de habla castellana (“Al margen de la Ciencia”, 1906, pág. 349); y esto le era en gran parte imputable.

Mientras, en los grandes centros científicos del mundo producíase un inusitado hervor de vida, que renovaba los métodos clásicos, completaba el anatómo-clínico con el biológico, y sobre todo en psicopatología, que llevaba a la reconstrucción de la psicología y a la renovación de la psiquiatría y de las importantes disciplinas en que ésta se proyecta.

*

* *

Quedaba sólo en el ambiente el recuerdo de su extraordinaria actividad en los “Archivos de Psiquiatría y Criminología” famosos, en la Sociedad de Psicología y en cien otros aspectos, de los que no eran los menos importantes sus obras y actividad docente. Había sido tan fuerte el impulso que todavía podía vivirse de él; tan acendrado amor al progreso del conocimiento como fuente de perfección humana, tan permanente inquietud de saber y dominar las fuerzas de la naturaleza y los arcanos contrarios, que aquel que se aproximada a su obra sentía vivo e inaplazable el estímulo. Y aún hoy, quién se acerque a ella sentirá esa frescura y calor vital; porque como queda dicho si eran grandes las enseñanzas efectivas que transmitía, y muy apreciables las nuevas contribuciones que aportó, no menos significado adquiere esa permanente incitación al trabajo y a la cultura, como fuente de perfeccionamiento, que en las páginas de “Las fuerzas morales” alcanza entonaciones de himno y de prédica. “Todo lo que es orgullo de la humanidad es fruto del trabajo. Lo que es bienestar y lo que es belleza, lo que intensifica y expande la vida, lo que es dignidad del hombre y decoro de los hogares y gloria de los pueblos, la espiga y el canto y el poema, todo ha surgido de las manos expertas y de la mente creadora... La perfección del hombre es obra suya; sólo por él concibe la libertad y depende de sí mismo, afirmando su señorío en la Naturaleza”.

II. RAMOS MEJIA E INGENIEROS

Hay un momento y una mano providencial en la vida de Ingenieros, decisiva para su existencia, que es necesario evocar para su mejor comprensión. Sin duda que sus extraordinarios méritos intrínsecos le hubieran señalado destacado lugar en cualquier medio y en cualquier circunstancia, pero no podría decirse con firmeza hasta dónde José María Ramos Mejía le ahorró esfuerzos y contribuyó a su florecimiento y expansión, al tenderle su diestra y situarlo junto a él.

¡Qué distancia entre el Ramos Mejía de aquella época y el estudiante desgarrado, revoltoso y pobre, hijo de inmigrante! Ramos Mejía era de lo más representativo de los caballeros porteños, de vieja y orgullosa cepa nativa, escritor estimadísimo, Presidente del Departamento Nacional de Higiene, Profesor de la Facultad de Medicina. Pero se encontraban en un lugar común, que después la simpatía fué ampliando hasta unir ambos nombres en nuestra historia intelectual: la pasión por las letras y los problemas de la cultura, el desprecio de lo innoble y de los personajes que mercan con las cosas sagradas. La producción primeriza de Ingenieros despertó interés, pero sobre todo, contribuyó a esa vinculación la crítica del importante libro de Ramos Mejía "Las multitudes argentinas" (Introducción a "Rozas y su tiempo") en el que había puesto muchas esperanzas. He releído el notable estudio crítico, y como antes, me ha sorprendido el vigor analítico, que revelan a un pensador bien maduro y la fácil elegancia del escritor, en época en que Ingenieros apenas contaba veintidós años. Más interesante aún para el caso es la severidad del juicio. Si bien elogia algunos aspectos de la obra, en otros la desmenguza y la critica sin piedad. No hay que dejarse sugestionar, escribe, por ciertas elocuentes bellezas literarias con que el autor disfraza sus fundamentales lagunas científicas" (1); su teoría es "deficiente, sin coherencia, indeterminada"; le duele que Ramos Mejía se aventure, en acrobatismos sociológicos, con una falta de método que hace de ella una obra "más de fantasía que de ensayo sociológico". Ramos correspondió a este vapuleo con un gesto de gran señor: lo nombró su Jefe de Clínica, su colaborador. Desde entonces convivió en su intimidad espiritual, tuvo, como Ingenieros lo recuerda, el consejo de su vasto saber, el ejemplo de sus virtudes austeras, el contagio de su intelectualismo antiburgués, el tesoro de su experiencia mundana, el ejemplo de su sencillez bondadosa y optimista. Frecuentó el ambiente de que Ramos Mejía gustaba rodearse y que constituía "un oasis en el país afiebrado por los negocios sór-

(1) Es difícil, sin embargo, mantenerse impávido ante la emoción de belleza y de dignidad, que sube de esta obra de Ramos. Hay que retemplarse, hay que sumergirse de cuando en cuando en esa lumbre de cultura, hay que empaparse bien de ese desprecio por lo ordinario y vulgar, por el guarango y el simulador, por el compadre y el arribista, tipos que quedarán en nuestra literatura como los del gaucho y del rastreador del inmortal "Facundo".

didos y la política menuda. El amor por las cosas nacionales adquiriría allí bien distinto valor que en las frases hechas de los politiqueros; el nacionalismo de Ramos Mejía era todo simpatía por la obra de los que habían enriquecido la cultura nacional; amor por los pensadores Alberdi y Sarmiento, respeto por los estadistas Moreno y Rivadavia, solidaridad cariñosa con todo el que escribía una página de prosa o componía un soneto”. Ingenieros ha descrito con emoción esos años vividos a su lado, “los más encantadores y provechosos de mi vida”. Se respira en esa conferencia sobre su maestro el perfume de la más sentida gratitud, que no podía faltar en su alma bien nacida.

Este gesto de Ramos Mejía afirmó su sentido de la justicia y el culto del mérito, normas que jamás le abandonaron y fueron de sus cualidades más apreciables. El gesto de Ramos le da la clara sensación de que puede decirse la verdad, toda la verdad, y aún ser premiado por ello, puesto que le dió su cariñosa, inapreciable sombra protectora como don natural, a su mérito. Cuando vemos los obstáculos que con frecuencia la mezquindad y los intereses creados levantan a tantos jóvenes de valer, de entre los cuales muchos se pierden en una lucha estéril de años, no puede menos de agradecerse que Ingenieros se haya salvado íntegramente. Si Ramos Mejía y de Veyga le ayudaron a adquirir independencia y a conquistar la hombría, y dieron tono y sentido al grito inorgánico de protesta, la cultura nacional con esto solo ya les debe bastante. Tal vez poco significó para Ingenieros desde el punto de vista médico y no fuera su maestro en ese dominio. Ramos vivió despreocupado de la docencia y fuera de algunos estudios sobre neurosis y psicosis, sólo conozeo un trabajo que sea propiamente de clínica neurológica: Sífilis cerebral maligna en un indio pampa (2), y eso que fué durante muchos años titular de esa cátedra.

Habitualmente sucede otra cosa. En los diferentes órganos de la cultura, acontece que son considerados por sus dirigentes, más que para el mejor servicio de su fin específico, para beneficio y medro personal. Así, en el orden universitario, muchos consideran que la ciencia no es un patrimonio de la humanidad, sino algo de

(2) *J. M. Ramos Mejía* — Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales. — Félix Lajouane, editor. 1893.

que ellos son propietarios y señores. Así se forman los grupos por un proceso de selección natural, en que ya hay un cierto tipo mental, dado por el paciente y continuado ejercicio de la domesticación y la colaboración en el fin común del provecho personal. Al verlos cerca de sus jefes, recuerdan los "clientes" de los patrones romanos: plebe que servía a sus dueños, también con sus opiniones... Sólo les falta el *nomen gentilicus*. Su vida misma, consagrada muchas veces a un trabajo serio y fructífero es una cadena de claudicaciones, tantas, que se pierde la cuenta. Como si lo más importante fuera medrar en una posición, y no vivir con honor. Una Escuela es muy otra cosa que una camándula, una corda o un grupo. Chareot hizo pesar, sí, decididamente, su poderosa influencia para designar, con legítimo derecho, sus colaboradores y sucesores, pero de la Salpetrière salió la gran escuela neurológica francesa.

Ingenieros no entró por la puerta falsa, sino por la del mérito, con la cabeza alta, por talento ingénito y bien mostrado, al que se aunaban las virtudes del corazón. Lo debe en buena parte al amigo, consejero y maestro que le dió un "hado venturoso". Por eso, fuera de sus méritos propios, que son muchos y grandes, debe quererse y honrarse en Ingenieros a Ramos Mejía. No debe olvidársele en su obra independiente, rica y orgullosa, a través de la cual sienten los jóvenes a un hombre que los sigue con simpatía, que los comprende, que los anima, que les tiende la mano, húmeda de calor fraternal.

III. EL ANIMADOR

Ahora, pasado el doloroso estupor que su muerte nos produjo, y la consiguiente reacción apologética — en que la intelectualidad del continente rindióle homenaje rara vez visto — corresponde el análisis crítico de su obra. No es mi pretensión considerarla hoy en su totalidad, pues conforme a la grandiosa imagen que trae Ponce en su *Historia de Ingenieros* — la más fresca y nutrida de sus biografías — hacia él remontan los ideales, a la manera de aquel río gigante a quien los indios llaman *Meschasebe*, porque era considerado como el padre de los ríos. Ya en otra oportunidad aunque sin el arte y los méritos que su figura merecían, y

turbado por el reciente dolor, intenté comprender otros de sus aspectos. (3) Hoy tan sólo me ocuparé de la parte médica y científica de mi maestro, en un esfuerzo de análisis objetivo en su tiempo y en su medio. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre él, su personalidad continúa siendo de un vivo y permanente interés, susceptible de enseñanza, y más en esta faz.

El que pretenda formarse juicio de la trascendencia de su labor científica únicamente por la lectura de sus obras, incurrirá sin duda en injusticia y falseará la perspectiva por error de visión. Pues si aquello puede ser cierto para el juicio de su valor intrínseco, siempre que se adopte la adecuada perspectiva histórica, no lo es para casos especiales como el de Ingenieros, que se vio obligado inclusive a crear los instrumentos de su trabajo y el medio científico. En tal caso el valor de la vida del hombre de ciencia, no deriva solamente de los principios nuevos que haya creado, sino también de la suma de voluntades que ha puesto en movimiento, de las actividades que por él han derivado, de los ideales que ha alcanzado a despertar en los hombres de su tiempo, de la bondad de la orientación impuesta. Mencionamos ya el ejemplo de Charcot, que tiene ya por sí solo un valor muy grande, pero que se acrecienta de modo extraordinario si se tiene en cuenta que de él procede la brillante neurología francesa, y que la constelación de los neurólogos del presente siglo son hijos de tan dilecta prosapia.

Este hecho ha sido aún más notorio en nuestro país hace veinte años, cuando la elaboración científica estaba aún más lejos que hoy de la madurez. Hay que seguirlo paso a paso en los once volúmenes de los "Archivos" para comprenderle en este sentido: como alienta a los trabajadores noveles, dando rango a sus producciones primerizas, como da relieve hasta a modestos informes médico-legales, convirtiendo en artículos simples historias clínicas, como llama la atención con el escuchado eco de sus artículos sobre toda obra apreciable que se escribiera en el país (véanse sus artículos bibliográficos sobre los libros de Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Francisco Sicardi, Rodolfo Senet, Víctor Mercante, Lucas Ayarragaray, Eusebio Gómez, y otros).

(3) José Ingenieros. El Civilizador. El filósofo. El moralista. Lo que le debe nuestra generación. — Un vol. de 210 págs. Gleizer, editor. 1926.

El ejemplo más eminente que se puede traer al respecto es el de su libro sobre las doctrinas geológicas, paleontológicas, antropogénicas y filosóficas de Ameghino, (1917) para el que se dió tiempo en medio de una afiebrada y noble producción. No es sólo la apología del arquetipo del hombre de ciencia genial en América, a la manera de los hermosos ensayos de Lugones y de Rojas, sino la muy escrupulosa y documentada exposición de las doctrinas del sabio cuya amistad cultivó largamente, y que se esforzó en profundizar mientras estudiaba ciencias naturales en Heidelberg y Lausanne (1912 - 13), y posteriormente. Aunque obra de divulgación científica, debe ser una de las que más esfuerzos le demandó por estar fuera de sus actividades habituales, pero daba por bien compensadas “las muchas horas que he robado a mi propia producción para dedicarlas a la gloria del amigo”, si su lectura fortificara la admiración por el virtuoso varón, y contribuyó a ello “espléndidamente”, (como lo escribía a propósito del libro el hermano y gran colaborador del sabio, D. Carlos Ameghino).

Sin duda que le hubiera sido fácil desentenderse de la obra ajena, y que sin esa solidaridad cultural, sin esa divulgación que consideraba un ineludible deber, hubiera hecho más por la originalidad de su obra, pero servido talvez menos al prestigio y cultura de su país y del continente. Ingenieros contribuyó en grado máximo a preparar un medio propicio para el trabajo científico, un ambiente de comprensión y de equilibrio crítico, y siempre sin la más lejana sombra de envidia, sino de la más alta emulación intelectual.

El tiempo, implacable, podrá devorar mucha de su labor, pero quedará otra, valiosa, y sobre todo sobrevivirá el animador, el incitador. ¡Recuérdese, además, esa otra gran empresa de cultura y de respeto a la obra de nuestros grandes hombres “la Cultura Argentina”!

De lo que se ha dicho con respecto al valor intrínseco de su producción en relación con su gran prestigio, es clara muestra, por ejemplo, en criminología, a la que dedicó sus primeros afanes apenas recibido y después durante largos años. Sería empuñarlo atenerse exclusivamente, a la obra que lleva este título. Sin duda que su contenido contribuyó en gran manera a educar varias generaciones de magistrados y médicos, que es la obra

más personal y vigorosa sobre la materia en el país, y sin embargo no guarda proporción con la justa fama del autor. Antes que Ingenieros la editara (1913) (4) como la obra que reúne sus trabajos más importantes sobre la especialidad -- ya que no puede considerarse como publicación completa que responda a la amplitud de su título, sino que trata de los fundamentos y algunos de sus aspectos -- la había dicho y escrito cantidad de veces en lecciones, conferencias, artículos, historias clínicas e informes médico-legales, con insistente tenacidad, hasta que penetrara en la mente de sus contemporáneos. Llenaba así en nuestro medio, en cuanto a la criminología se refiere, el papel de Ferri en Europa. ¡Y vaya si ha sido y continúa siendo necesario! Lo que es un lugar común, lo que ya hace 20 años era bien sabido, aún continúa siendo desconocido e incomprometido, para tantísimos abogados y médicos, peritos o no, como he podido comprobarlo en ocasiones demasiado repetidas.

Si los que hemos llegado a la actividad científica y docente mucho tiempo después que cesara en la dirección de los "Archivos" nos sentimos movidos por gran aliciente y llenos de admiración por el cúmulo de trabajo que implica, es de imaginar cómo habrá influido en sus contemporáneos. Mil testimonios podría aportar, pero recordaré sólo el de un espíritu exigente y medido como el de Juan B. Ramos, Profesor de Derecho Penal en la Universidad de Buenos Aires y fundador de la *Revista Penal Argentina*, que lo proclama "maestro admirable".

"Ingenieros hizo en los "Archivos", escribe, obra de cátedra, de tribuna, de crítica, de periodismo, de política, de acción... Jueces, profesores, médicos, estudiantes, personas ilustradas, mes a mes veían llegar a sus mesas de trabajo el cuaderno que les traía la exposición o la crítica del pensamiento criminológico del mundo. En lo que a mí concierne, recuerdo aún cuánto bien me hicieron los primeros años de la revista. A muchos de los artículos que llenan los tomos iniciales les debo más de una sugestión feliz, más de una enseñanza que aún perdura en mi espíritu de hombre y de profesor. Por esa obra de enorme difusión de ideas, de vin-

(4) Citamos conforme a la edición de 1913, que el autor considera la 5ª, pues había aparecido bajo diferentes títulos con anterioridad, cada vez mejor, conforme a su costumbre. La definitiva es la 6ª de 1916.

culación de esfuerzos, de despertar de energías, Ingenieros merece el más alto y apasionado elogio.”

IV. SU OBRA CRIMINOLOGICA

A fines del siglo pasado la ciencia de predilección era la antropología criminal. Sucede con las ciencias como con las costumbres o las ideas. En cierto momento llega al acmé el interés que despiertan, por diversos motivos, entre los cuales aquellos hondos que promueven las modas, los recientes descubrimientos o la personalidad de sus fundadores, la habilidad de los que la divulgan y saben ponerla de actualidad. Se recuerda así el apasionado interés de los *Salones* por la astronomía en la época de Fontenelle, la práctica de las experiencias de física y de química en el gran mundo del siglo XVIII en los tiempos de la Enciclopedia, el fervor de tantos profanos por la fisiología y la bacteriología cuando Claudio Bernard y Pasteur agitaron el mundo con sus descubrimientos geniales, y en el siglo actual la marcha de tantos espíritus hacia los problemas más generales del hombre y del mundo. Los agitados debates que los partidarios de Lombroso habían trabado en congresos y revistas de la época con ímpetu polémico y meridional, concentraron la atención del público semiculto y de los especialistas afines sobre la antropología criminal. Hasta 1880 los neuropiquiatras se ocupaban, sí, con alguna frecuencia, de las reacciones antisociales de los anormales, pero desde entonces apenas quedó alguno que no se creyera en la obligación de ir hacia ese mundo ignoto y nuevo del delincuente para aportar un elemento más en la construcción científica que se iniciaba. Qué diferencia con el criterio actual! Peixoto, por ej., después de haber comprobado que no hay estigmas físicos ni psíquicos absolutamente específicos para determinar al criminal del hombre honesto, afirma de modo terminante que la antropología criminal no existe; fué una ficción trabajosamente inventada, obstinadamente mantenida, pero insubistente (5), concepto que no participamos del todo. Hoy mismo, entre tantos otros, Lenz hace reverdecir la antigua antropología cri-

(5) Peixoto Afranio — Psicopatología forense. Alves, editor. — Río de Janeiro, 1923. Pág. 41.

minal bajo el nombre de “Biología criminal”, con los métodos y conceptos recientes, naturalmente. (V. Adolf Lenz, “Grundriss der Kriminalbiologie — Viena — 1927.)

También entre nosotros la corriente fué poderosa. Norberto Piñero escribía en 1887 que la escuela positiva “dará la vuelta al mundo para bien de la humanidad”, (6) mientras las difundía desde su cátedra y contribuía con otros a su difusión desde la *Sociedad de Antropología Jurídica*. Al año siguiente, publicaron sus conocidas obras Francisco Ramos Mejía (7) y Luis María Drago (8). Posteriormente una legión de estudiosos entre los cuales en primer término Rodolfo Rivarola, Antonio Dellepiane, Cornelio Moyano Gacitúa, Juan Vucetich, Ovaldo Piñero, Víctor Arreguine se enfeudaron de manera más o menos decidida en la nueva corriente, para la que era altamente propicia la tradición intelectual argentina.

Es así que cuando vino al país Pietro Gori, abogado italiano, hombre culto y vehemente, de ideas extremistas, versado en las doctrinas lombrosianas, reunió al poco tiempo en torno de la revista “*Criminología Moderna*”, que empezó a editarse en 1898, un núcleo numeroso y caracterizado de personas interesadas, entre las cuales varios de los más arriba mencionados, a los que a poco se agregó el mismo Ingenieros.

A pesar de que los más enterados sabían aproximadamente a qué atenerse, para la inmensa mayoría del público la gran construcción lombrosiana era un confuso monumento. La culpa era sobre todo imputable al mismo Lombroso con sus hipótesis apresuradas y los cambios que la experiencia ajena y de la propia escuela había impreso sobre todo a su teoría del delincuente nato y de otros tipos criminales, cuyo rasgos antropológicos y psicológicos creía haber fundado definitivamente, en hipótesis sucesivas, a veces contradictorias. No me detendré en ese aspecto desmedrado de la evolución de la Criminología, tan conocido, aunque debe recordarse que el mismo Ingenieros a pesar de sus vivas simpatías por la escuela

(6) Derecho Criminal, en Rev. Jurídica, año IV, pág. 175 (Cit. por Jiménez de Asúa. — El Nuevo Código Penal Argentino. Ed. Reus, Madrid, 1918, pág. 176.)

(7) F. Ramos Mejía. — Principios fundamentales de la Escuela Positivista de Derecho Penal. — Buenos Aires, 1888.

(8) Los hombres de presa, Buenos Aires, 1888. — Reedición de “La Cultura Argentina”.

italiana, y el respeto que por ella demostró, reconoció con la irreverente cordialidad que le era característica las fallas del sabio italiano. (9)

Ingenieros entró con seguro y fino instinto en ese dominio agitado y poco preciso. En "Criminología Moderna", a fines de siglo (1899) en un artículo titulado "Criterios generales que orientarán el estudio de los locos delincuentes", (10) pero sobre todo en su trabajo sobre el "Valor de la Psicopatología en la Antropología Criminal", que figura al frente del primer número de los *Archivos* (11) (Enero de 1902) está todo el programa y las líneas generales de la obra. Toda la "Criminología", a excepción de la clasificación psicopatológica de los delincuentes, se condensa en esas diez páginas lúcidas y sustanciales. Frente a la orientación puramente antropológica que se preocupa de caracterizar a los delincuentes por los signos corporales, que se creían típicos, establece la superioridad de los estigmas psíquicos. El "delincuente nato", por ejemplo, no se caracteriza por sus monstruosidades morfológicas, sino por ciertas deficiencias mentales perfectamente especificadas. "Mil degenerados pueden tener esas anomalía morfológicas sin realizar

(9) Son siempre vívidas aquellas memorias sobre el "cónclave de psicólogos" en que tuvo una actuación destacada: no cumplidos aún los treinta años de edad, presidió con Lombroso, Ferri y Sommer, las máximas autoridades internacionales, la cuarta sección del Congreso Internacional de Psicología, en que junto con las aplicaciones pedagógicas y sociológicas de la psicología, se trató las del hombre delincuente. Lombroso, decía, "no piensa, adivina; juega al gallo ciego con las ideas científicas". "Su cerebro es siempre nebuloso, tal cual vez caótico, como una perpetua noche en tempestad; por eso mismo resplandecen con más violencia los relámpagos que esparce el genio en su falta absoluta de talento, entendido este último como la forma superior de la inteligencia educada." — (Italia en la ciencia, etc., pág. 42 — Ed. Sempere.)

(10) Después publicado bajo el título de "Dos páginas de psiquiatría criminal". 1900.

(11) Merece recordarse el "Programa" de la revista, que era al mismo tiempo una progresión de fé. Se proponía el estudio *con método positivo y científico* de los anormales: "el homicida, el genio, el mentiroso, el pederasta, el filántropo, el avaro, el alienado, el ladrón, el apóstol, el sectario, el enamorado, el vagabundo, la prostituta" — por lo que podría llamarse "Archivos de Psicopatología" y de las condiciones del medio sociólogo en que actúan. Especialmente le interesa el determinismo y las modalidades de los delincuentes y los psicópatras, "reemplazando las viejas abstracciones apriorísticas por datos y observaciones deducidas del análisis objetivo de los hechos. El Derecho Penal metafísico es reemplazado por la Criminología científica."

También se preocupa por la utilidad práctica de tales estudios, por las diversas ramas de la Medicina Legal, y por las modalidades especiales que revisan en el continente sudamericano los fenómenos de psicopatología individual y social.

el tipo del delincuente nato o loco moral congénito; pero todo el que presente bien especificadas esas deficiencias psicológicas, que en conjunto constituyen la ausencia congénita de moralidad, ese lo es sin duda alguna, aparte de que tenga los estigmas morfológicos comunes a todos los casos de degeneración intensa.” Siempre sostuvo que no hay un tipo especial de degeneración que se pueda calificar de criminal, aunque sí es muy frecuente la existencia de criminales degenerados.

Con motivo de esa orientación psicopatológica predominante, se ha hablado o insinuado la existencia de una “escuela argentina” en criminología, la cual, debe decirse lealmente, no ha existido en el sentido de una innovación original y característica. Pues lo expuesto por Ingenieros a ese respecto ya era conocido por otros autores y aceptado incluso por discípulos considerados intransigentes de la escuela italiana. Ferri, Sergi, Maudsley, Benedickt, Sommer, de Virgilio, Kurella, Näcke, Prins, Manouvrier, lo han dicho en conocidos trabajos. Pero con frecuencia hay retrasados, y hoy mismo solemos ver quienes rebaten aspectos de la doctrina lombrosiana hace muchísimo tiempo abandonadas por los que la emitieron.

Tal le pasó a Ingenieros con un trabajo del Dr. Evaristo De Moraes, de Río de Janeiro ⁽¹²⁾, al cual critica acerbamente ⁽¹³⁾. “Se entretiene en discutir ideas y hechos, escribía en 1902, que ya nadie discute; refuta doctrinas que ya nadie profesa, y atribuye a la “escuela lombrosiana” ideas que emitió alguna vez Lombroso, aunque no son profesadas por la “Escuela de Criminología positiva”, dándose el gusto de cantarle un deshilvanado “*de profundis*”, más sincero que meditado”. Y en otra parte comprende como las prematuras generalizaciones de Lombroso hayan determinado fáciles críticas “de los que *no saber hacer las síntesis de sus observaciones y doctrinas* deteniéndose en la crítica filistea de los detalles, sumergidos en el goce onanista de martirizar sus cerebros en busca de minuciosas contradicciones” ⁽¹⁴⁾. En otra ocasión, ⁽¹⁵⁾ con

(12) *De Moraes* — La teoría lombrosiana del delincuente. “Archivos de Crim., etc., 1902. Pág. 321.

(13) *Ingenieros*. — Las teorías de Lombroso ante la crítica. Loc. cit. Pág. 334.

(14) *Ingenieros*. — Loc. cit.

(15) *Ingenieros*. — La pulsación del pie en los criminales y alienados. Loc. cit. Pág. 456.

una aguzada crítica satírica detuvo y para siempre la avalancha de disparates que aún en el mundo científico solían presentarse bajo los auspicios de la antropología criminal. Pero si su doctrina no fué novedosa, la profesó con tal intensidad que repercutió hondamente en todo el continente latino-americano y en Europa. Vemos así cómo las doctrinas positivistas ejercen una influencia preponderante y constituyen bajo el impulso de Ingenieros un período fecundo en la historia del pensamiento médico y jurídico del continente. Mil testimonios podría mostrar; sólo recordaré el que trae D. Ernesto Quesada de esa improvisada e inigualada manifestación de aprecio que hombres de ciencia y pueblo le hicieron en La Habana, y más concretamente las notas de Rodríguez da Silveira en las que hace fé de lo presente que estaba Ingenieros en la mente de los hombres de estudio del Brazil, como de una persona con quien se había charlado el día anterior. (16)

Este valor americano de su obra, indiscutible en Derecho Penal, Criminología y Medicina Legal (17), es evidente y no menos grande en Psicología, en Filosofía, en el dominio de la cultura, en filosofía política.

Como no es mi propósito hacer el análisis de sus obras ni de los innumerables artículos que escribió, sino dar una impresión de conjunto sobre su trascendencia, no me referiré a las doctrinas que sustentó, a su relación con el estado actual de nuestros conocimientos, ni a muchos otros aspectos que atraen vivamente la atención del comentador, por otra parte ya estudiadas en los numerosos

(16) V. Nos. de Homenaje de "Nosotros" y "Revista de Filosofía".

(17) En la circular a sus colaboradores que en 1926 dirige la "Revista de Criminología, Psiquiatría y M. Legal", propicia en estos términos un homenaje que no llegó a realizarse:

"La obra científica de José Ingenieros llena una época de la ciencia americana. En criminología, psiquiatría, psicopatología, psicología, medicina legal y ciencias afines, el nombre del maestro adquiere, en nuestro medio, un significado extraordinario. Inició, fecundó y dió contextura orgánica y giro original a las nuevas direcciones en boga. Pero no sólo por su obra, sino como incitador debe recordársele; en torno a Ingenieros se produjo un movimiento tan intenso en las ramas mencionadas del saber, que se tendrá siempre como cimental. Ya desde los "Archivos" —que fundó y dirigió durante un decenio— del Instituto de Criminología que creó, de la Sala de Observación de Alienados, desde sus Cátedras, trabajó con espontáneo, libre y magnífico esfuerzo para que Latino-América dejara de ser tierra estéril para la ciencia y adquiriera personalidad y rango. Para la Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal y para el Instituto de Criminología, que viven en el hogar por él creado, su nombre adquiere un entrañable significado. Si algún valor tienen, suyo es el mérito."

artículos publicados por escritores autorizados con motivo de su muerte. Recordaré aquí sin embargo la parte más personal de la "Criminología", su clasificación psicopatológica de los delincuentes (18), que parte de la división tripartita de las facultades menta-

Clasificación de los delincuentes	ANOMALIAS MORALES	CONGÉNITOS — Delincuentes natos o locos morales. ADQUIRIDOS — Delincuentes habituales o pervertidos morales. TRANSITORIOS — Delincuentes de ocasión.
	ANOMALIAS INTELECTUALES	CONGÉNITOS — Delincuentes por locuras constitucionales, etc. ADQUIRIDOS — Delincuentes por locuras adquiridas, obsesiones criminosas, etc. TRANSITORIOS — Embriaguez, locuras tóxicas, etc.
	ANOMALIAS VOLITIVAS	CONGÉNITOS — Degenerados impulsivos natos, delincuentes epilépticos, etc. ADQUIRIDOS — Delincuentes alcoholistas, crónicos impulsivos, etc. TRANSITORIOS — Impulsivos pasionales, delincuentes emotivos, etc.
	COMBINADAS ANOMALIAS	AFECTIVO - INTELECTUALES — Delincuentes estéticos. INTELECTUALES - VOLITIVAS — Obsesiones impulsivas. AFECTIVO - IMPULSIVAS — Impulsivos pasionales. AFECTIVO-IMPULSIVO-INTELECTUALES — Degeneración completa del carácter.

(18) Clasificación que desarrolló ante el IV Congreso Internacional de Psicología, (1905).

les del Estagirita: intelectuales, volitivas y morales. Cada uno de estos grupos se subdivide a su vez en congénitos, adquiridos y transitorios. En la parte correspondiente a las anomalías morales, los congénitos vendrían a ser los locos morales o delincuentes natos, los que padecen anomalías adquiridas son los delincuentes habituales o pervertidos morales, y los delincuentes ocasionales constituirían el grupo de los transitorios. Y así sucesivamente conforme al cuadro conocido y que transcribimos. A más de las formas puras, hay que describir los tipos combinados que son la mayoría.

Sin duda que la clasificación es ingeniosa y de gran apariencia científica. No creo que una de las ventajas más importantes, señalada por Ingenieros sea exacta, a saber: que las categorías de esa nueva clasificación implican una apreciación aproximativa de la temibilidad del delincuente. Si así fuere, hubiera conseguido un extraordinario triunfo para el Derecho Penal y la práctica penitenciaria. Según él (pág. 207-208) el primer grupo engloba a los delincuentes más temibles, el segundo formado por delincuentes de degeneración mediana, lo son menos; y el tercero, está constituido por aquellos ligeramente desadaptados a la vida social, de escasa temibilidad y fácilmente reformables.

Pero la objeción más importante es que falla en sus fundamentos teóricos y aplicación. Sólo excepcionalmente, como lo muestra la experiencia universal, es afectado uno solo de los grupos artificiales de facultades mentales en que divide al psiquismo; no puede fundarse una clasificación sobre base tan deleznable. En segundo lugar, toda clasificación basada sobre la psicología y la psicopatología debe fracasar, porque el delito y el delincuente no se definen exclusivamente por su psiquismo perturbado, sino principalmente por su actividad morbosa, por sus reacciones anti-sociales. El delito y el delincuente tienen sobre todo interés práctico y científico por su relación con el medio social, por su inadaptabilidad, por los perjuicios que ha cometido o que puede ocasionar en la vida y bienen de sus semejantes. Una norma psicológica es insuficiente; la clasificación debe ser clínico social. De ahí deriva el valor indestructible — aunque no insuperable — de la de Ferri, en apariencia tan poco científica, tan empírica y sencilla. Esta última condición es bien importante y seguramente ha sido una de las razones de su éxito. La clasificación de Prins: crimi-

nales primarios o de ocasión, profesionales o habituales, degenerados o deficientes, es aún más sencilla y atrayente, prestándose menos a los equívocos que suelen acompañar a la escuela lombrosiana por sus vicios o virtudes de origen.

*

* *

Si la *Criminología*, es obra principalmente doctrinaria, “*La Simulación de la locura*” (19) es su trabajo de especialización más considerable en Clínica Criminológica y Medicina Legal.

En él se comprueba de inmediato la envergadura del hombre de ciencia y del pensador, el valor con que se enfrenta a uno de los problemas más complejos y difíciles para el especialista, tanto más para el que se inicia en psiquiatría forense. Para encararlo con éxito hay que dominar muy bien la rama de la Medicina correspondiente a la dolencia simulada, así como tener un conocimiento intuitivo de los hombres y saber valerse de recursos para despistar sus mañas y fraudes. Es fácil hablar de simulación e histerismo, pero los archivos de los médicos están llenos de historias de verdaderos enfermos, con lesiones a veces importantes y gruesas, que fueron tomados por neurópatas o exagerados. La falta de signos patognomónicos en tantísimos casos obliga a ser parco en el diagnóstico de la simulación, que es necesario objetivar cuando se la quiere demostrar, describiendo condiciones en cierto modo negativas.

Por eso una de las tres condiciones que Ingenieros considera justamente indispensables (Cap. XI) para llegar a un buen diagnóstico es que se conceda suficiente tiempo al perito, que el plazo de la observación sea indeterminado; los otros se refieren a circunstancias de lugar —en una clínica psiquiátrica—, y que sea un perito el examinador.

Aún tratándose de tema de tantas dificultades, Ingenieros aborda esta forma de patomimia al iniciar su carrera, con la eru-

(19) 1ª edición, 1903 — Spinelli — editor, Buenos Aires. La edición definitiva, octava, 1918. Rosso y Cía, editor, restaura la cuarta edición de la “Biblioteca Científica” de Senpere. Valencia, 1906.

ción, el conocimiento y la habilidad como si se tratara de un viejo psiquiatra.

“La simulación de la locura” quedará como una obra clásica en la bibliografía internacional, aún cuando desaparezcan por entero las condiciones legales que inspiraron su génesis: la discordancia entre el interés social y el código penal entonces vigente. Once vastos capítulos dedica a la simulación de los delincuentes, a la relación de este fenómeno con el derecho penal, a su trascendencia en criminología, a las formas psiquiátricas que simulan, a los diversos recursos de que se valen, a los medios que hay que valerse para el diagnóstico diferencial y las condiciones en que éste debe realizarse, a su profilaxis. En los dos restantes, trata de la simulación de la locura en general (Cap. I) y de la sobre-simulación y disimulación de la locura (Cap. II). Podría fácilmente extenderme sobre los quilates de esta obra, pero prefiero recordar que escrita apenas dos o tres años de recibido mereció la más alta recompensa que otorgaba la Academia de Medicina de Buenos Aires a la mejor obra publicada en el país. Posteriormente hicieron de ella traducciones al italiano, al francés y al ruso.

La simulación de la locura no constituye sino un caso particular de la *simulación de la lucha por la vida*, y más especialmente de los estados patológicos. A ellos se remontó, presentándola como su tesis de doctorado (20). En este libro está ya todo Ingenieros: desde su capacidad enciclopédica y múltiple apetencia por diversos dominios del conocimiento, hasta la dirección filosófica y las virtudes didácticas; el gusto por la literatura, el espíritu irónico y provocador.

Pensaba ciertamente en sí mismo cuando al referirse a “Las Neurosis de los hombres célebres en la Historia Argentina”, reconoce la trascendencia de los escritos primeros de los grandes autores. “Las grandes líneas de su pensamiento definitivo se dibujan precozmente casi siempre en su primer libro orgánico y con frecuencia en la introducción del mismo. Se explica que ello ocurra: para culminar en un determinado género de estudios se requiere, —además de aquellas aptitudes que Salamanca no prestaba—, una

(20) La simulación en la lucha por la vida. Ed. por Spinelli. — La edición difundida hasta la publicación de sus obras, fué la de Sempere (1905), por la que citamos.

aplicación constante y unitaria desenvuelta en largo espacio de años. Es ello imposible para los que no saben elegir tempranamente su camino; por eso —no me canso de repetirlo— sólo cabe esperar verdadera obra fecunda de aquellos jóvenes que poseen una orientación segura e ideas generales precisas antes de llegar a los treinta años”.

El tema aparentemente modesto que se desarrolla en la simulación en la lucha por la vida, va adquiriendo proporciones insospechadas. Se nota firmemente la tendencia a explicar y comprender los fenómenos anímicos con un criterio genético, remontándose hasta su remoto origen biológico; se observa la aptitud para el análisis psicológico y la comprobación del fenómeno, hasta en sus más sutiles y ocultas manifestaciones. Se comprueba también la trascendencia social, especialmente en lo que se refiere a la evolución de la lucha por la vida entre los hombres y de los medios que ponen en práctica; no deja, en fin, de manifestar su esperanza de que este medio vergonzoso e inferior de relación entre los hombres disminuirá en las etapas venideras de la evolución, para ser substituido “por el predominio del sentimiento de solidaridad social, nacido de la asociación para la lucha contra la naturaleza.”

Nadie como él para seguir la regla cartesiana de dividir las dificultades a fin de vencerlas, de marchar sobre seguro y de pensar con ideas bien definidas y especificadas. Ingeniero debe a estas virtudes didácticas gran parte de su éxito, porque con ello hacía casi concretas las ideas, les daba fuerza y convertíalas en acción. Admira en esta obra primigenia más que la erudición, su extraordinaria aptitud de ahondar en todos los aspectos del problema, para ver sus caracteres comunes y luego coordinarlos con la facilidad del pensador acostumbrado al juego de las ideas generales. Se vé ya en él al arquitecto.

*

* *

Como queda dicho, en la “Simulación de la locura” preocupóse casi exclusivamente de los delincuentes que se valen de este medio para rehuir la represión social que la sociedad les impo-

ne. El delincuente, dice, no es un “amorfo” sino un característico, y éste acentúa sus medios de lucha, porque la vida es para ellos más intensa (?), valiéndose de medios fraudulentos, de manera frecuente y a veces eficaz. Con relación en particular al Código Tejedor, se fingían locos, para ser declarados irresponsables, con lo que eran eximidos de pena, según la interpretación general de la jurisprudencia de la época. Los defensores que alegan la irresponsabilidad para obtener la libertad del delincuente, piden el apoyo de los médicos peritos, obteniendo la complicidad en todos los países de alienistas eminentes. Así, por precio se atenta a los intereses de la ciencia y de la sociedad. Tómense cien o mil informes de peritos nombrados por la defensa de un delincuente, dice Ingenieros, y se verá que casi la totalidad sostiene que es alienado irresponsable; y de mil peritos nombrados por los acusadores, la casi totalidad sostiene que es cuerdo y responsable. “Ante este hecho, que excede a todo cálculo de probabilidades, el error aparece como intencionado y doloso, es una inmoralidad flagrante.” Desde un doble punto de vista científico y social resulta esto pernicioso; desde este último, el delincuente alienado, o el fronterizo —mal llamado semi-responsable (neurópata, desequilibrado, degenerado)— es en general tanto o más peligroso que el delincuente común, y por lo tanto su enfermedad no puede servir de excusas, sino por el contrario, para una más cuidadosa represión y profilaxis.

Esto es lo que sostuvo con energía en la nutrida conferencia que en el Colegio de Médicos de Barcelona pronunció en 1914 sobre “Ciencia Nueva y Leyes Viejas”.

Por otra parte, la psiquiatría acabaría por contragolpe de merecer el descrédito, pues “no hay culpa más vergonzosa que esta de prostituir la ciencia por dinero”. En este sentido era acertadísima su visión; especialmente en los últimos tiempos hemos comprobado cómo se han burlado y censurado acremente órganos de la prensa en la Capital Federal la intervención de alienistas, y hablado del escaso valor de la ciencia de las enfermedades mentales.

Algunos procesos célebres han puesto de manifiesto la tendencia de los peritos de la acusación o de la defensa de servir a las partes, en desmedro de la verdad, que es su único interés legítimo. En este sentido la actitud de Ingenieros no pudo ser más

ejemplarmente honrada. Y en dicha conferencia se vanagloriaba en declarar haberse rehusado a ser perito en asuntos criminales a pedido de los defensores por cuanto, decía, hubiera sido una inmoralidad servirse de la ciencia nueva para violar las leyes viejas, que han sido escritas sin tenerlas en cuenta. Ningún delincuente, si es degenerado o loco saldría por un informe suyo, por considerar que la degeneración y la locura sólo excepcionalmente disminuye la temibilidad del delincuente que las padece, aumentándola en cambio.

Con ello demostraba, frente a los defensores de la rutina, que censuran las doctrinas penales basadas en consideraciones científicas, que las ciencias no son contrarias a la moral jurídica, en cuanto contribuyen a aumentar los hechos nocivos para la sociedad, sino cuando son mal aplicadas, por venalidad o por error. Hoy mismo a pesar de la excelente redacción del artículo 34 del Código Criminal vigente, en la parte que rige la imputabilidad de los que antes se consideraban "irresponsables", vemos la violación del espíritu de la disposición legal y del interés social. Sujetos que son anormales o que finjen serlo, obtienen con ello un cartel de inimputabilidad, de inocencia original (con lo que contraría uno de los preceptos básicos del positivismo penal, cual es el de la responsabilidad penal de *todos* los delincuentes). Una vez declarada la inocencia, ya se ingenian los defensores en obtener en plazo más o menos breve la libertad de los presuntos anormales. Este hecho demuestra que la bondad de los códigos está menos en su letra que en la de las instituciones encargadas de cumplirlas y de los peritos que deben intervenir.

Defendía así también en la práctica las nuevas nociones científicas, aspirando a ser tan virtuoso en la vida de todos los días como en el pensamiento. Lo inspiraba Sócrates cuando afirmaba que los mayores ingenios tienen la obligación de ser más virtuosos; esta es la verdadera sabiduría.

*

* *

Si antes de emprender sus estudios ya tenía Ingenieros claramente establecido el concepto de las materias de su vocación, al realizarlos contó, durante muchos años, con un rico material, el



más abundante y diverso que pueda imaginarse. Desde 1900 que fué nombrado Jefe de Clínica de Neuro-patología hasta su primer viaje a Europa en 1905, tuvo a su cargo los enfermos del único servicio de Neurología de Buenos Aires, al mismo tiempo centro de la cátedra, que Ramos Mejía había delegado en buena parte en sus manos. Desde esa fecha fué contemporáneamente Jefe de Clínica de Medicina Legal, que Veyga dictaba desde 1899 en que se hizo oficialmente cargo de la Cátedra en el antiguo Depósito de Contraventores "24 de Noviembre". Por ese Depósito desfilaba todo el bajo fondo social de la Capital Federal, desde los delincuentes habituales, o los infelices que ocasionalmente habían sufrido una caída, hasta todos los clientes y parásitos que en las grandes ciudades merodean al margen de la ley, de la decencia y del trabajo (21). Entre los que lo frecuentaban era tan grande el número de alienados y anormales, que en 1901 fué necesario instalar una Clínica de Psiquiatría Forense, la cual unida con la anterior bajo la Dirección de De Veyga, fué designada con el nombre de "Clínica Psiquiátrica y Criminológica de la Policía de la Capital". Ese mismo año adjuntósele un Laboratorio de Psicología Experimental. Tratábase pues en determinado aspecto de un verdadero Hospital Psicopático, es decir la expresión más moderna y conveniente para la asistencia y estudio de los psicópatas, el primero que se había instalado en el país, pero orientado exclusivamente, según sus necesidades, en el orden criminológico, porque se proponía por una parte secuestrar a los sujetos peligrosos o incapaces de adaptarse a las condiciones del medio social, y por la otra, asegurar la protección social del alienado indigente.

Apenas puede concebirse un centro de estudios más eficiente. Por estar en una situación semejante, como médico de la enfermería de alienados de París y del *Depôt de la Prefecture*, Legrand du Saulle, pudo escribir sus obras clásicas de Psiquiatría forense y Medicina Legal.

De Veyga me ha relatado el asombro y la envidia que le manifestó Lombroso cuando le describió la organización del Instituto, mientras él estaba bastante desprovisto de elementos. Cuando fué

(21) Barbieri Pedro. La clínica criminológica del Depósito "24 de Noviembre". — "Revista de Policía", 1900. Reproducido en "Archivos de Psiquiatría y Criminología", 1906.

a visitarlo, el sabio italiano invitó a que lo acompañara a la cárcel donde tenía su centro de estudios. Es difícil imaginar la cantidad de obstáculos que encontró nada más que para poder entrar con Lombroso a la prisión, lo que provocó por parte de éste una indignada irritación, desatándose en injurias y protestas para el Estado y servidores que tan mal servían a la ciencia. El mismo Lombroso carecía de permiso para entrar en ciertas cárceles, y demasiado a menudo se le mezquinaban elementos de estudio. Ingenieros fué designado Director de la "Sala de Observación de Alienados de la Policía" —denominación que luego adoptó— desde 1902 hasta 1911 en que renunció. En los primeros años de funcionamiento el Servicio tuvo en observación más de 2000 personas (22).

Si a esto se agrega que en 1907, a su vuelta de Europa, la Nación fundó para él el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires que dirigió con indudable eficacia, que fué médico de mucho éxito y de gran clientela lo que aumentaba enormemente su experiencia clínica, y que desde 1908 dictaba el segundo curso de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, si se tiene todo esto en cuenta, no es exagerado afirmar que tuvo en sus manos, o mejor dicho en su mesa de trabajo, todo el Buenos Aires morbooso y antisocial. Y quien en aquella época decía Buenos Aires, quería significar el país entero.

Coincide su alejamiento de la Sala de Observación de Alienados y del Instituto de Criminología con el VII Congreso Internacional de Antropología Criminal celebrado en Colonia en Octubre de 1911 y en él Sommer, Ferri, Kurella, Hübner, Mittermayer enuncian el voto de que se desarrolle la instrucción universitaria de la psicología criminal y que se crean con ese objeto los correspondientes institutos de investigación (23).

Realizó otros muchos trabajos de índole médico-legal (el caso Castruccio, la encuesta sobre los vendedores de diarios, los ensayos sobre la "Piedad homicida" y la "vanidad criminal", sobre la Psicopatología de Juan Moreira, caso Tallarico, sobre el "delito de besar", son de los que han quedado más conocidos), todos

(22) Ingenieros — La locura en la Argentina, págs. 216-17.

(23) Precisamente lo que Ingenieros estaba haciendo desde hacía más de dos lustros. Era en verdad hombre afortunado que tuvo todo a su alcance y en el momento necesario, bien que por propio impulso y mérito.

ellos dentro de la tradición médico-legal argentina, orientada hacia la psicopatología forense. Pero no se hubiera detenido aquí su interés por nuestra especialidad; su intención fué dedicarse a su enseñanza, presentándose al concurso de la Cátedra, cuando De Veyga la dejó. Ya lo había elegido el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Médicas, pero un Presidente frustró aquel legítimo derecho de Ingenieros. El Presidente nombró a otra persona, interrumpiendo la brillante tradición de Francisco Javier Muñiz, de Wilde y de Veyga. Que se trataba de una de sus más caras ambiciones lo demostró con el violento gesto de respuesta al desaire oficial; publicó aquella famosa carta en que renunciaba a todas sus vinculaciones con un Estado mal regido, siendo más significativo aún aquella interminable lista de sus trabajos que ocupaba en "La Nación" toda la página, grande entonces como una sábana. Ingenieros respondió a la afrenta con el célebre libro, de tonos encendidos, en que presentó al Presidente de la República como el arquetipo de la mediocridad. Equivocó el diagnóstico: todos sabemos que desgraciadamente ya entonces estaba herido por la enfermedad que apagara su indiscutible talento.

A este hecho y nada más que a él se debe que Ingenieros no haya rendido en Clínica Psiquiátrica y Criminología y Ciencias afines todo lo que podía dar su poderosa inteligencia y actividad. De creer al distinguido psiquiatra y Director de la Revista de Psiquiatría, Neurología y Medicina Legal Dr. Helvio Fernández, si hubiera contado Ingenieros con la ayuda del laboratorio "su notable talento y clarísimo ingenio le hubieran elevado a la altura de un Kraepelin o de un Morel y resuelto en rasgos geniales más de uno de los problemas de la psiquiatría". (24) En Criminología, estudia a su vez Juan T. Ramos las causas que obstaron a su pleno desarrollo, pues "tenía todo lo que es imprescindible para ser considerado, como la figura mayor de una ciencia... a la manera de un Claudio Bernard, por ejemplo". (25)

Se orientó desde entonces en otros sentidos, para mayor beneficio talvez de la cultura argentina y americana, y aquí se recuerda de inmediato el pensamiento de Sócrates repetidamente comentado en los "Memorables" de Jenofonte —que constituye a

(24) Loc. cit., pág. 569.

(25) Loc. cit., pág. 557.

su vez la médula de la doctrina estoica que Ingenieros tanto amaba— de que cuanto nos pasa es para el mayor bien...

V. EN PSIQUIATRIA

Dice uno de sus biógrafos que los doce años de los "Archivos" representa la época más brillante de la psiquiatría nacional. Esta había sido, hasta entonces, harto simple. Todavía en los primeros tiempos de la Revista hay en las historias clínicas o informes forenses —como en las novelas— "auroras mentales confusas", "corrientes psíquicas anarquizadas", y se presentan casos de "miradas masturbadoras"... Helvio Fernández traza el panorama de la psiquiatría argentina, cuando Ingenieros se inició. Era una especialidad "desdeñada por el profesional por ingrata o relegada por la complejidad de sus problemas difícilmente desentrañables; cultivada apenas y episódicamente por contados espíritus estudiosos desde la desaparición del profesor Lucio Meléndez del escenario didáctico, Ingenieros atesoró desde temprano, en su privilegiado psiquismo, un inmenso caudal científico de carácter neuropsiquiátrico... En efecto, aparte de algunos estudios que aunque notables eran más literarios que científicos; aparte de cierto número de tesis de doctorado cuya inmensa mayoría tendía solamente a llenar una disposición reglamentaria de la Universidad y aparte de un esbozo hacia una moderna orientación clínica asignada a la cátedra de la Facultad, nuestra cultura psiquiátrica era poco menos que indigente." (Loc. cit., pág. 564).

A más de la abundante y neta información que traían, de que ya he hablado, Ingenieros publicó en los "Archivos" y en las revistas más conceptuadas de Europa y América desde 1899 hasta 1911, no menos de 200 artículos sobre psiquiatría y ciencias afines, que están refundidos o recopilados en diversos volúmenes. (26)

Sin duda que gran parte de su obra sólo tiene un valor histórico como sucede con la mayor parte de los trabajos clínicos de esa índole. ¡Cuántas veces el lector no sonrío ingenuamente ante una obra que data de un cuarto de siglo, que fué eminente en su tiempo y que hoy le parece plagada de errores y con puntos de

(26) *La psicopatología en el arte — Simulación de la locura — Histeria y Sugestión — Patología del lenguaje musical — Criminología — Principios de psicología — Estudios de patología mental — Psicopatología forense.*

vista falsos! Su obra científica en este terreno está tan cercana a nosotros y ¡sin embargo nos parece tan remota!... pero no nos extraviemos con falso miraje, tocados por la ridícula vanidad de una sabiduría que debemos al tiempo. Colocado en su época, y visto a través de los juicios de sus contemporáneos y de las crónicas bibliográficas su posición no puede ser más halagadora. Uno de sus compañeros de aquella época recuerda los comentarios admirativos con que los médicos de los Hospicios recibían las Historias clínicas que enviaba con los enfermos, para ser en ellos internados, aún cuando lamenta la falta de la clínica y de laboratorios apropiados, "En ellas resaltaba, con toda sencillez, dice, su acendrado espíritu de observación analítica, su afinado sentido clínico y su inimitable poder de síntesis; encerraba en un cuadro somero pero completo toda la historia clínica, de la que fluía sin dificultad un diagnóstico siempre certero" (27). Y dice muy alto de su fama internacional en la materia las palabras con que lo presentara en la Sorbona el Presidente de la Sociedad de Psicología de París, cuando dictó la conferencia sobre "Licantropía" (28), este sabio, dijo, "iba a enseñar en Europa como maestro consagrado, a una edad en que en Europa se comienza a aprender".

Se le puede tolerar que en 1905 hable, siguiendo a Klippel, de los síndromes paralíticos generales (29), alegando que no se trata de una enfermedad sino de un conjunto de síndromes de diversa etiología, cuando todavía en 1911 —ya descubierta la reacción de Wassermann— Auguste Marie y Lhermitte después de las ideas bastante confirmadas de Fournier y Erb, atribuyen a la sífilis un rol secundario y se preguntan si la frecuencia de la sífilis en los antecedentes de los paralíticos generales no mostraría tan sólo que la excitación genésica, llevando a los excesos venéreos, no multiplica las probabilidades de contaminación para los paralíticos exuberantes en el período de dinamia funcional. En ciertos casos, agregan, la sífilis, como las otras intoxicaciones, parece poder reducirse al rol de consecuencia en lugar de causa. (30)

(27) Fernández Helvio. — Ingenieros psiquiatra. Número especial de la Revista "Nosotros".

(28) V. en "Al margen de la ciencia" (1906), el Cap. Una conferencia en la Sorbona.

(29) Clasificación clínica de los síndromes paralíticos generales. Archivos de Psiquiatría y Criminología, 1905.

(30) Marie y Lhermitte. — In *Traité International de Psychologie Pathologique*. — Tomo 2º, pág. 222-3. 1911.

A veces un esquematismo excesivo, casi matemático, como en la clasificación de las perturbaciones del instinto sexual ⁽³¹⁾—que era un molde, indudablemente provisorio para construir sobre él algo más— dañaba mucho la concepción clínica, que estudia fenómenos de tan varia índole como los de la vida y su patología. En el estudio de las neurosis tuvo aciertos, como en algunas historias de perturbaciones del lenguaje musical, o en el de las obsesiones, que fué el primero, según entiendo, que las estudió y describió en lengua castellana según la teoría conocida de Pierre Janet. ⁽³²⁾

Pero fuera de sus trabajos, algunos ya indicados (La Simulación de la Locura y otros), son tres las obras que principalmente deben ser tomadas en cuenta. Una de ellas es de índole descriptiva e histórica “La Locura en la Argentina” ⁽³³⁾, en la que recopila cuantos datos y publicaciones pudo reunir acerca de locos, alienistas y asilos desde su lejano origen hasta el presente. Escribió tan completa crónica en 1919, dándose tiempo en medio de una producción afiebrada ⁽³⁴⁾ y de grandes acontecimientos que parecían iban a imprimir un rumbo completamente diferente a la organización de las sociedades modernas.

De sus dos obras principales en este dominio, *Histeria y Suggestión* es la más propiamente médica. Hay que decir que no apareció en época propicia, pues desvirtuadas definitivamente la mayor parte de las conquistas de la Escuela de Charcot, y triunfante en su contra la de Nancy, certificada por Babinski, no habían aparecido aún las doctrinas e investigaciones psicológicas que debían dar más tarde una interpretación más aproximada de la más antigua e interesante de las neurosis. Sin embargo, fascinado por el deslumbrante prestigio de Charcot y sus discípulos, trasladó la Sal-

(31) Patología de las funciones psico-sexuales. Nueva clasificación genética. “Archivos de Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal”, 1910.

(32) Obsesiones e ideas fijas. “Archivos, etc.”, 1904.

(33) La obra editada por la Cooperativa Editorial “Buenos Aires” en 1910 (un vol. de 235 páginas) consta de los siguientes capítulos: Locura y Brujería en la sociedad colonial. Los antiguos “loqueros” de Buenos Aires. Los alienados durante la revolución. Los alienados en la época de Rosas. Los estudios psiquiátricos en la Argentina. Los modernos asilos para alienados. Censo aproximativo de alienados.

(34) Publicó contemporáneamente el segundo tomo, el más importante, de su monumental “Evolución de las ideas Argentinas”, capítulos de los “Tiempos Nuevos”, las doctrinas de Ameghino, reediciones de sus obras, y publicaciones de la “Revista de Filosofía” y “La Cultura Argentina”, empresas que estaban entonces en su auge.

pètriere al Hospital San Roque, donde reprodujo la mayor parte de la serie de fenómenos que habían dado otrora a aquella magnífica fama: las abundantes anestésias que mudaban de lugar, los elavos histéricos, las fricciones que despertaban la “diátesis de contractura”, el hipnotismo que reproducía la variada sintomatología... cuando no la engendraba. Era una obra casi contemporánea del *Traité de l'Histerie* de Gilles de la Tourette (1891).

Quiso destruir el valor del signo de Babinski en los “pretendidos signos de la hemiplegia histérica”, pero queda ciertamente la duda si Ingenieros lo buscó bien. También relató, siguiendo a Gilles de la Tourette y Athanassio los casos de trastornos tróficos, como aquel de los sudores de sangre, que no pudo repetir experimentalmente —como hacía con los síntomas histéricos en general— y que creyendo poder hacerlo por otros medios, no lo quiso provocar por considerarlo peligroso, en lo que fué muy prudente. Tuvo para este síndrome corresponsales que nos tememos en los que haya confiado tanto como Flammarión en los suyos...

El punto sobre el cual es posible comprender con precisión la posición de Ingenieros es al abordar la teoría de la histeria. Reconoce, sí, conforme a las enseñanzas del gran neurólogo francés, que es una enfermedad psíquica. Expone y acepta los estigmas psicopatológicos de la enfermedad, enunciados por Pierre Janet, pero se embarca plenamente con la teoría fisiológica de Sollier. Según este autor la histeria sería un abotagamiento o sueño, localizado o generalizado, pasajero o permanente, de los centros cerebrales, que se traduce por manifestaciones vasomotrices o tróficas, viscerales, sensoriales o sensitivas, motrices o psíquicas, según los centros afectados. Se nota aquí francamente una contradicción *ab initio*. Mientras afirma sin descanso que se trata de una enfermedad psíquica, acepta naturalmente que es por lo tanto cerebral, porque todo lo anímico es cerebral. Por esta vía se desliza insensiblemente a una confusión peligrosa y perjudicial. Porque si es cerebral, se trata entonces de una afección orgánica, y busca los síntomas orgánicos correspondientes. ¡Y los encuentra!

Lo psíquico queda así al fin como lo accesorio. Si hubiera hecho lo que en Criminología, habría triunfado también en esta difícil cuestión de las neurosis — y es verdaderamente sorprendente que no lo hiciera así, si lo aplicó antes con tanto acierto en

la antropología criminal. En ésta, rechaza los signos antropológicos que la escuela lombrosiana extremista había puesto en primer plano para definir y clasificar los delincuentes, mientras que en las neurosis acepta sus equivalentes, o sea los estigmas somáticos. En aquélla, triunfa con la psicopatología y en la segunda naufraga co los estigmas y la diátesis de contractura. La psicopatología es en ambos la explicación causal.

En tanto, en el resto del mundo, la neuropatología se iba reponiendo lentamente de la “gaffe” médica.

En este aspecto de su actividad médica fué llevado a error por el somatismo a toda costa, por un prejuicio médico-filosófico, por el prejuicio materialista, pues aquí se puede, sí, hablar plenamente de él. “Cuando se dice imaginación, sugestión, distracción —afirma— se trata de desequilibrios materiales producidos los centros nerviosos”. Los fenómenos psicológicos *sine materia*, agrega, no caben dentro de la psicología fisiológica: “una sugestión aceptada, una distracción, un fenómeno imaginativo, implican movimientos o permutas químicas en determinados centros nerviosos, representa articulaciones y desarticulaciones de los prolongamientos de los neurones”. (35)

No está en discusión la naturaleza física o biológica de los procesos mentales, pero se nota cómo influye esta concepción materialista sobre el concepto fisiológico de la enfermedad. No han cesado de repetirse estas tentativas de localización de la histeria y de las otras afecciones llamadas funcionales. Ayer mismo Marinisco, discípulo de Charcot, aún afirmando la naturaleza psíquica de la histeria, se regocijaba entre nosotros de haber hallado una interpretación anátomo-clínica de los síntomas histéricos, con localización en la región meso-cefálica, a base de encefalitis.

A pesar de lo que llevamos dicho, los juicios de los periódicos médicos de la época son altamente encomiásticos. Nadie lo refuta, se limitan a comentarlo y a elogiarlo. Por ese mismo tiempo, la más reputada institución neuropatológica del mundo lo incorpora en calidad de miembro.

Ni antes, ni después, ningún argentino tuvo el honor de formar parte de la *Société de Neurologie* de París.

(35) Histeria y sugestión — Pág. 45.

*

* *

Se hallaba en su apogeo cuando publicó el lenguaje musical y sus alteraciones histéricas, ⁽³⁶⁾ que venía trabajando desde hacía un lustro ⁽³⁷⁾.

Esta obra es un alarde de fuerza, de imaginación, de audacia. Se enfrentaba con lo más difícil, como si se tratara de temas familiares: en psicopatología era el problema de la afasia, en psiquiatría el discutido dominio de las enfermedades funcionales, en arte y psicología la emoción musical, el más complejo y hondo de los sentimientos estéticos. Como el héroe de los cantos del padre Hesiodo, que salta alegremente cuando encuentra una proeza que realizar, para mayor gloria de su patria y lucimiento personal, así Ingenieros ante las duras tareas del pensamiento. No importa que la mayor parte de la interpretación de las afasias musicales histéricas esté hoy caduca ⁽³⁸⁾. Los problemas de psicología musical, la psicofisiología de la emoción musical, y las formas y evolución de la inteligencia musical están admirablemente expuestas y, conforme dice Ponce, han pasado veinte años y no se ha escrito nada más claro, preciso y metódico sobre el lenguaje musical.

Lionel Dauriac, al comentarla en la *Revue Philosophique*, con su alta autoridad en el tópico, expresaba su homenaje a “la primera obra seria de patología musical publicada en lengua francesa, y encarecía el talento del psiquiatra que había sabido dar un gran impulso “a la Science nouvelle dont il a dirigé les debuts”. ⁽³⁹⁾. Esta obra le valió un premio de la Academia de Medicina de París.

- (36) Le langage musical et ses troubles hysteriques — Etudes de psychologie clinique. Un vol. de 208 págs. F. Alcau, ed. — 1907. No hay traducción castellana.
- (37) Publicó el primer artículo bajo el título de “Psicopatología del lenguaje musical” en 1902, en “Archivos”; lo demás fué publicado fragmentariamente en diferentes revistas, sobre todo en los “Archivos”.
- (38) Explica las alteraciones histéricas del lenguaje musical con las teorías de Janet y Sollier para los otros accidentes histéricos, empleando hasta idénticas palabras. (Comparar por ej. el Cap. VII Parte II del “Langage” (parágrafo IV) con el tercer parágrafo del primer capítulo de “Histeria y Sugestión”).
- (39) Ponce — Para una Historia de Ingenieros. Loc. cit. Pá. 33. — Véase la respuesta a la consulta de Dauriac en “Al margen de la ciencia”, cap. “Sobre psicología musical”.

VI. LOS “PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA”

La “Psicología” es la obra científica de su madurez, y también la que más quería, sin duda por satisfacer, por encima de las otras, las cualidades y aspiraciones más hondas de su espíritu: el rigor científico lógico, el vuelo filosófico incoercible en él, y la perfección didáctica.

Era la primera vez que según el juicio autorizadísimo de Ribot, se hacía con fortuna una *filosofía de la psicología*. Concibe el hombre y los procesos mentales por lo tanto, como formando parte de la naturaleza, y corresponde para estudiarlo un método inspirado netamente en las ciencias biológicas, hasta convertir a la psicología en ciencia natural. Se vale para ello del método genético, —que nace del evolucionismo determinista— el cual abre, según él, horizontes insospechados, pues aplicándolo al estudio de las disciplinas filosóficas y sociales, permite reconstruir en ciertos aspectos la lógica, la moral, la estética, la sociología, el derecho, y estudiarlas como ciencias naturales sustentadas por la psicología.

Como el arquitecto reposa, satisfecho de su obra, cuyas líneas y grandiosa armonía siente y admira, así reconoce en el Prefacio, que su construcción psicológica es un sistema en que no hay contradicción en sus partes y sí unidad en su conjunto. “En nuestra doctrina de la “psieogenia” se articulan rigurosamente tres hipótesis fundamentales: la *formación natural de la materia viva*, la *formación natural de la personalidad conciente* y la *formación de la función de pensar*. Ellas se refieren a los tres problemas esenciales de la psicología biológica: procuramos resolverlos en oposición al vitalismo y la generación espontánea, a la conciencia epifenoménica o creadora, y al racionalismo intelectualista.”

Debe decirse que ni el propósito, ni el intento de la realización eran nuevos. El mismo lo expresó: “Fácil es advertir que muchísimos naturalistas y psicólogos, desde Spencer y Haeckel hasta Romanes y Sergi, para citar solamente a los mejor orientados, han tenido la intuición clara de la naturaleza biológica de las funciones psíquicas, de la continuidad evolutiva entre los procesos fisiológicos y los procesos psíquicos concientes, de la misión protectora o adaptativa de las funciones psíquicas en los seres vivos, de la

similaridad entre la excitación (inconciente) y la sensación (conciente).” (40)

Ese fué el pensamiento que inspiró a Spencer en su monumental “Principles of Psychologie” y a Ardigó, a quien Ingenieros sigue más. Ya en 1855 el filósofo inglés, cuando la primera edición de la *Psicología* incluía la *Síntesis general* y la *Síntesis especial*, en que demostraba, cómo la *vida mental* —la forma más alta de vida— se desarrolla desde las formas más simples hasta las más complejas por un proceso natural y continuo, y objetivamente, a través de la escala animal, consiste en una correspondencia —la llama también adaptación— con el medio. El recuerdo de Spencer es aquí tanto más oportuno por haber expresado su propósito de que las ediciones sucesivas a las de 1913 llevaran el título de “Principios de Psicología”, y este debió ser el título de la traducción francesa de Delpeuch, lo que no sucedió por razones editoriales. (V. Rev. de Filosofía — Mayo de 1915 — Pág. 446).

Pero quien se aventure con Spencer sentirá la agotadora sensación que deja esta obra inductiva por excelencia, aunque comprenderá lo necesaria que fué en su momento. En cambio, en Ingenieros, libre ya del pesado lastre, el razonamiento y la demostración, a pesar de la densidad del tema, cobran una agilidad y una fuerza extraordinarias. No es sólo esto; la convicción doctrinaria le permite desplegar ampliamente sus calidades, llevándolo a expresar sus puntos de vista con una intensidad, precisión sintáctica y continuidad lógica que arrastran la admiración, cualquiera que sea el punto de vista del lector. No en vano fué traducida al francés, y hace poco al alemán bajo la alta dirección de Ostwald. Creo que es Enrique Molina, uno de los más apreciados filósofos chilenos, el que relata en sus crónicas de viaje a Estados Unidos la admiración de uno de los distinguidos profesores universitarios por la *Psicología*, en términos muy encomiásticos. El mismo Ingenieros pensó en una segunda parte —aunque gustaba repetir, pensando en el Quijote o en el Fausto, que nunca segundas partes fueron buenas— cuando se encargó interinamente del Curso de Primer Año en 1919, en la Facultad de Filosofía y Letras. De él nos quedan

(40) *Psicología*, pág. 109 — Ed. de 1913.

tres entregas, primorosamente editadas, que distribuyó a los alumnos (41)

(41) He aquí el índice de los capítulos de los Apuntes de Psicología (Primer curso), editados por J. L. Rosso y Cía. en 1919, que reproducimos por su muy escasa difusión.

"1" — LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS EN LA ARGENTINA

I. *Antecedentes* — Época Colonial: la Ideología — Restauración y emigración — Época de la organización: eclecticismo. — II. *Enseñanza de la psicología*. Ideas generales después de 1880 — La psicología en la enseñanza secundaria y normal — La psicología en la enseñanza universitaria. — III. *Ciencias afines y auxiliares*. Patología mental — Filosofía y neurología — Pedagogía — Ciencias naturales — Ciencias sociales — Criminología — Historia crítica y letras. — IV *Concepto integral de esta enseñanza*.

"2" — LA MATERIA VIVA

I. Sus caracteres. — II. Hipótesis vitalistas y físico-químicas. — III. Continuidad estructural y funcional de los estados de la materia. — IV. Hipótesis genética sobre el origen de la materia viva.

"3" — LOS SERES VIVOS

I. La unidad funcional del ser vivo. — II. Relaciones entre los seres vivos y su medio. — III. Las formas de los seres vivos. — IV. Las funciones de los seres vivos. — V. Especialización de tejidos y sistemas para la división del trabajo; centralización de las funciones reguladoras del organismo; el sistema nervioso.

"4" — LAS FUNCIONES DE RELACION

I. La correlación bio-psíquica. — II. Irritabilidad y sensibilidad; reacción y movimiento. — III. Rol de protección de las funciones psíquicas. — IV. Su desenvolvimiento en la especie. — V. Su desenvolvimiento en la sociedad. — VI. Su desenvolvimiento en el individuo. — VII. Materias propias de este curso.

"5" — SENSACIONES EXTERNAS

I. La radiación universal y la radiación de los seres vivos. — II. Excitabilidad de los seres vivos por determinadas radiaciones externas. — III. Desarrollo filogenético de la sensibilidad; formación de órganos receptores. — IV. Significación protectora de la sensibilidad. — V. Variaciones de la sensibilidad específica en los individuos. — VI. Patología general de la sensibilidad. — VII. Estesiometría general — (Mínimos sensibles; diferencias mínimas; relación entre los excitantes y las sensaciones).

"6" — SENSACIONES INTERNAS

I. Sensaciones externas e internas; el equilibrio cenestésico. — II. Sensaciones internas. — III. Receptores sensoriales internos — IV. Cenestesia. — V. El sentimiento cenestésico.

"7" — SENSACIONES TÁCTILES Y TÉRMICAS

I. Sus excitantes; barotropismos y termotropismos. — II. Receptores táctiles y térmicos; desarrollo filogenético; los receptores humanos. — III. Las sen-

Apenas hay capítulo de la obra que no merezca detenido comentario y elogio, pero en la imposibilidad de hacerlo con todos, recordaré sólo el capítulo sobre “La formación natural de la personalidad consciente”, el más discutido de todos, y talvez el más recio, por encarar sin ambages el problema filosófico más arduo e

saciones de presión, calor, frío y dolor; sus condiciones funcionales y sus caracteres especiales. — IV. Exploración experimental; instrumentos.

“8” — SENSACIONES OLFATIVAS

I. Sus excitantes, osmotropismos. — II. Receptores olfativos; su filogenia; el receptor humano. — III. Las sensaciones olfativas: cualidad, intensidad, función fisiológica, etc. — IV. Exploración experimental; instrumentos.

“9” — SENSACIONES GUSTATIVAS

I. Sus excitantes; geusotropismos. — II. Receptores gustativos; filogenia; el receptor humano. — III. Las sensaciones gustativas; sus condiciones funcionales y sus caracteres especiales. — IV. Exploración experimental; instrumentos.

“10” — SENSACIONES AUDITIVAS

I. Sus excitantes, fonotropismo. — II. Receptores auditivos; filogenia; el receptor humano. — III. Las sensaciones auditivas; proceso funcional de la audición; altura, intensidad, timbre, interferencia. — IV. Exploración experimental; instrumentos.

“11” — SENSACIONES VISUALES

I. Sus excitantes; fototropismos — Receptores visuales; filogenia; el receptor humano. — II. Las sensaciones visuales; color, intensidad, espacio, campo visual, imagen retiniana, visión binocular, visión estereoscópica, visión cinematográfica, ilusiones. — III. Exploración experimental; instrumentos.

“12” — VIAS SENSITIVAS

I. Unidad genética, analogía histológica y homología funcional de los receptores sensitivos y sensoriales. — II. Sinopsis de las vías sensitivas generales. — III. Sinopsis de las vías sensitivas de los sentidos especiales. — IV. Los sentidos y la inteligencia. — V. Transformación de las excitaciones en sensaciones.

“13” — MORFOLOGIA DEL CEREBRO

I. Desarrollo filogenético del sistema nervioso. — II. Desarrollo del cerebro en los vertebrados, especialmente en los mamíferos y primates. — III. Descripción general del cerebro humano, hemisferios, lóbulos, circunvoluciones. — IV. Métodos de examen y de conservación; cortes macroscópicos y microscópicos; proyecciones y aparatos de proyección.

“14” — FUNCIONES DE LA CORTEZA CEREBRAL

I. Doctrinas sobre las localizaciones cerebrales. — II. Centros motores. — III. Centros sensitivos. — IV. Zonas de proyección y zonas de asociación. — V. Las funciones intelectuales superiores y los lóbulos frontales. — VI. Hipótesis de Cajal sobre el funcionamiento íntimo de los órganos psíquicos.

inexperiencial de la psicología, el “enigma de los enigmas”.

Los psicólogos antiguos y contemporáneos suelen designar confusamente como “conciencia” dos procesos distintos: ciertos *fenómenos particulares conscientes* o “estados de conciencia”, y la *personalidad consciente* o “conciencia del yo”.

Ingenieros deslinda las tres cuestiones que se suele confundir y englobar bajo el nombre de conciencia: 1° “la posibilidad adquirida por los individuos de conocer algunas de sus funciones psíquicas. 2° Las condiciones que determinan ese carácter consciente de ciertos fenómenos particulares. 3° La formación natural de una personalidad consciente en el curso de la experiencia individual. El primer problema es genético o evolutivo; estudia las condiciones de posibilidad de la experiencia consciente en el curso de la evolución biológica. El segundo determina la correlación establecida en los seres vivos entre las nuevas excitaciones, directas o indirectas, y su experiencia individual constituida mediante la memoria. El tercero estudia la organización sistemática de todas las funciones psíquicas conscientes en la evolución de la experiencia individual”. (42)

Este nuevo planteamiento y una firme lógica le permiten enunciar una nueva teoría de la “conciencia”: la posibilidad y el grado de agilidad consciente están condicionados por la suma de experiencia adquirida por cada especie en el curso de la evolución filogenética; el carácter consciente en ciertos fenómenos biológicos depende de sus relaciones con la personalidad individual, con sus experiencias anteriores; es una cualidad subordinada a particulares condiciones de la actividad cerebral, que se producen de acuerdo con las leyes más generales de la formación de los seres vivos a las incesantes variaciones de su medio implicando un perfeccionamiento de la función biofiláctica del organismo; la “personalidad consciente” es una adquisición progresiva en el curso de la experiencia individual. (43)

Su explicación es más clara que ninguna otra, inclusive la recientísima de Von Monakow y Mourge, enunciada veinte años después, que ha tenido todos los recursos de laboratorio, y cuyos autores hasta han creado un lenguaje especial para hacerse com-

(42) Princ. de Psic. Biol., p.g. 293.

(43) Psicología, pág. 329-330.

prender. (44) Si los distinguidos autores hubieran leído a Ingenieros, seguramente sería más neto su pensamiento y más fácil su expresión.

Ingenieros tiene razón contra la injustificada acusación de Ribot, de que en su hipótesis biológica de la "conciencia", había más bien un juego de prestidigitación (45) más o menos feliz. Tal vez tuvo en un momento la ilusión de haberlo explicado todo, cuando en verdad aclaró y abrió el camino a una más ajustada interpretación (46). Su método no difiere de la explicación de Claude Bernard acerca de lo que es la vida; con una prudencia ejemplar no intenta éste definirla, porque "il était illusoire de chercher à définir la vie, c'est à dire de prétendre en penetrer l'essence, aussi bien qu'il est illusoire de chercher à saisir l'essence de quelque phénomène que ce soit, physique ou chimique". (47) También en el sabio francés las manifestaciones de la vida resultan de una relación estrecha y armónica entre las *excitaciones exteriores* y la *constitución del organismo*.

Esta hipótesis genética de la conciencia es a mi juicio uno de los mayores aciertos de Ingenieros, y como descubrimiento de im-

(44) Von Monakow y Mourge proponen el término griego de *Syneidesis* para designar la conciencia biológica o principio de auto regulación de la función. Confirmando la teoría biológica de la conciencia tratan de fijar las facetas de su evolución en el hombre civilizado adulto, basándose en la historia del desarrollo y el estudio de las psiconeurosis, facetas sólo en parte accesibles a la conciencia: 1º faz de latencia fácilmente movilizable (que tiene sus raíces en la predisposición y la educación); 2º faz biológica *inconsciente* en ocasión del conflicto de las dos categorías principales de instintos o de sentimientos (*Hormíteres y Noohormíteres*), ligero despertar de la *causalidad aglutinada* (motivación expresada a la proforma de variantes); 3º faz *consciente*: el conflicto se hace manifiesto, aunque estando acompañado de una tonalidad afectiva apropiada; perfeccionamiento de la *causalidad aglutinada* ("nuestros buenos motivos"); 4º faz de decisión de parte de la *syneidesis*. Pasaje en la conciencia bajo forma de *volo* (acción) o de *veto*, lo que se refleja al nivel consciente bajo la *forma subjetiva de la conciencia llamada moral* que puede estar en desacuerdo completo con las leyes abstractas de la ética del momento; 5º faz consecutiva: reacción de la acción terminada o de su inhibición tanto sobre la afectividad como sobre el sistema órgano —vegetativo—; 6º faz de restablecimiento del equilibrio, adaptación respecto a hechos irreparablemente cumplidos y pasaje al estado latente (*mnème*), con recomposición latente de los resultados y consecuencias ulteriores. Tal es el desarrollo completo en el adulto, pero precedida de un estado infantil que constituye el esbozo de lo que acaba de exponerse. (Introduction Biologique a l'etude de la Neurologie et de la Psychopathologie. 1928, pág. 101-102).

(45) In Revue Philosophique, 1914. Tomo 2º, pág. 81.

(46) Véase Ingenieros, pág. 42.

(47) Claude Bernard. — Leçons sur les phénomènes de la vie, 1878. Pág. 343-4.

portancia, aparentemente fácil y sencillo... una vez descubierto. Concuerdá y completa las teorías naturalistas más difundidas sobre la vida y las funciones psíquicas. Necesitaría además una determinación más precisa y un más hondo conocimiento de las condiciones en que se desarrollan los fenómenos psíquicos en general, y los conscientes en particular.

*

*

*

Precisamente porque he sufrido largamente en mi juventud de la influencia de su "Psicología", y hecho también en otra ocasión su elogio, puedo hablar ahora con libertad de sus limitaciones e inconvenientes. No por el prurito espiritualista, que ha acometido a tanta gente ligera en tributo a la moda intelectual, ni como acatamiento a creencias vulgares revestidas de atrayentes apariencias, sino en un afán de verdad, para la que mis sentidos se hallan totalmente abiertos.

Su imperativo de claridad provenía de su sincero horror por las sutilidades que embrollan a menudo las cuestiones so pretexto de resolverlas, o por una erudición ininteligente en lugar de una ciencia verdadera. La psicología y la psicopatología aparecen a través de su obra como un dominio acabado, concluido, en que muy poco o nada queda por hacer.

Esa exigencia de su espíritu era tal que dejó en la obscuridad esa riquísima zona de que se nutre la razón y la vida consciente, el sentimiento y la conducta. A veces la obscuridad es necesaria como expresión de la naturaleza misma de las cosas, o como una etapa de su conocimiento. Era un racionalista, y por eso dejó definitiva e irreparablemente fragmentaria su obra psiquiátrica y psicológica. Pero que nos ha de extrañar, si aún hoy día, aquí y en todas partes se contempla esta parte del psiquismo con desconfianza y rabiosa incompreensión.

Justamente porque en lo inconsciente —para la medicina psicológica sobre todo— está lo inmaduro, lo que todavía no ha sido llevado a la luz, él lo descuidó, faltándole la comprensión cabal de diversas cuestiones. Esto que hubiera podido ser un grave obstáculo para su práctica médica, salvólo con su don de com-

prensión y su innata simpatía. Dentro de todo lo nietzchiano y burlón que era, tenía una gran piedad por los que sufren; y la medicina de las neurosis es sobre todo comprensión e interés por el sufrimiento ajeno.

Por otra parte, el espíritu de sistema termina por dañar al que la construye. Las teorías, y más con el vigor con que supo enunciarlas Ingenieros, son excluyentes y reducen la realidad a los contados elementos que encajan en ellas. Especialmente es esto cierto cuando se trata de la realidad anímica, cuya infinita variedad se venga de las teorías y termina por romper el cauce estrecho y exclusivista. Ingenieros viviendo esta realidad, no la persiguió en algunos de sus aspectos esenciales. Hay que reconocer que en ello estaba en buena compañía, aunque no en la mejor.

La visión genética de la psicología general ha sido repetida y duramente criticada. Tomemos primero en cuenta la crítica de Karl Jaspers, ridícula en espíritu de tan largos alcances, aunque en otra parte haga razonamientos válidos. Afirma que la psicogénia ha tomado un gran desarrollo por el estado de espíritu nacido con la Gran Guerra, habiendo favorecido muchos médicos la dictadura del Estado; son los ignorantes sobre todo los que responden a esta tendencia, que se basa sobre todo en prejuicios morales confusos vecinos de los prejuicios filosóficos. Muchos médicos somatologistas, agrega, tienen una antipatía pronunciada para los histéricos, e íntimamente están furiosos de no poder clasificarlos físicamente según sus categorías usuales. (48)

Por su parte William James cree que el método que quiere ir de lo simple a lo compuesto —y se refiere especialmente a la teoría asociacionista que parte de las “ideas simples” o “sensaciones elementales” a manera de átomos psíquicos— no nos expone más que a ilusiones. Es el que prefieren los pedantes y los que se dedican a abstraer quinta esencias, pero todo espíritu sin prejuicios, que quiera estudiar por sí mismo la naturaleza humana en su plenitud, querrá seguir mejor el método “analítico” y comenzar por los hechos más concretos, es decir por los datos inmediatos y diarios de su propia vida interior (49). Y ciertamente puede

(48) Jaspers. — *Psicopatología General*. Traduc. Francesa. Félix Alcan, ed., año 1928, pág. 20.

(49) W. James. — “*Précis de Psychologie*” — Págs. 191 - 2.

llevar a una comprensión insuficiente, el que pretenda explicar todo lo superior por lo inferior.

Pero se equivocará quien imagine sequedad y pedantería científica en su concepción de la psicología. Bastaría para desvanecer esta errada opinión, las palabras con que inicia su curso de Psicología de 1919: “si habéis leído los “Caracteres” de La Bruyère, el “Quijote” de Cervantes, o el “Hamlet” de Shakespeare, sabéis lo que es un gran psicólogo: un hombre que sabe observar a sus semejantes u observarse a sí mismo. En toda sociedad hubo hombres más psicólogos que otros; sólo tenemos noticia, sin embargo, de los que supieron escribir lo que observaban. En Homero y en Eurípides, en Dante y en Stendhal hallamos el testimonio de sus grandes aptitudes; ¿quién podrá superarlos en el arte de pintar caracteres, de analizar pasiones?”.

Lejos de ser esta manifestación un juicio transitorio, fué un estado de ánimo permanente desde su primera juventud, que se hace visible, ya sea en las grandes enseñanzas psicológicas que le dejan la contemplación de las obras de arte o en la psicología descriptiva de los caracteres. Al apreciar el valor de algunas producciones de su maestro Ramos Mejía dice: “Pintar caracteres y desnudar costumbres suele ser más difícil que estudiar psicología experimental concreta o divagar abstractamente sobre los atributos de la mente humana; en ese sentido puede afirmarse que la psicología más humana es la que observa tipos reales, analizándolos y describiéndolos como fragmentos de la vida misma.”

El lo hizo muy bien en “El hombre mediocre”, obra tocada de idealismo romántico, aunque viciada por el adorno literario. Y en sus clases concurridísimas de la Facultad, cuando analizaba los sentimientos y especialmente el del amor, tema que hubo de ser objeto de una obra ya anunciada, que la muerte truncó. La naturaleza de este trabajo no me permite extenderme en este aspecto del observador, de ese “arte difícil” de Teofrasto y Montaigne. También publicó *patografías*, aunque algunas insuficientes, apresuradas, en épocas en que era nula entre nosotros la preocupación por tales descripciones.

Su interés por la psicopatología comprensiva se inicia tempranamente con su crítica médico-psicológica de las obras literarias. Ingenieros inaugura entre nosotros con “La Psicopatología

en el Arte”, título de una conferencia pronunciada en el Centro Estudiantes de Medicina en 1899 este nuevo género de aplicación de los conocimientos de la patología mental, que ya habían dado rango Charcot, Ferri, Salillas, Nordau y tantos otros. Así como tantos artistas contemporáneos —dice— han buscado en la ciencia una inspiración o un consejo, para poner más vida y más emoción en sus creaciones, no será inútil que los hombres de ciencia pidamos al arte su inspiración y su consejo. Si el arte es digno de su nombre, agrega, será siempre hermano de la ciencia, completando con el vuelo de la imaginación los resultados fecundos de la experiencia.

Así merece especialmente mención su análisis de Hedda Gabler, la protagonista afectada de locura moral del drama ibseniano, análisis que se puede comparar a los mejores de Ferri, que pocos años antes (1896) había publicado sus conferencias sobre el tema con un título que inspiró el del libro de Ingenieros (“Los delinquentes en el arte”). También son apreciables sus estudios sobre el Quijote afectado de *delirio sistematizado*, y del falso Ulises, sin ser tan feliz con el estudio de las protagonistas de “Hacia la Justicia”, llevado sin duda por el afecto a su antiguo maestro en clínica, el apreciado autor de los “Pronósticos”.

VII. EN LA MEDICINA ARGENTINA

Ingenieros representa en la Medicina Argentina la tendencia especulativa, pródiga, brillante, exitosa, presta a la síntesis, de tradición latina, nada fría ni seca sino inspirada en una calurosa adhesión a la cultura y movida por el entusiasmo estético. Amaba la extensión de la psiquiatría hacia los horizontes más variados. No se limitaba simplemente a tratar los alienados y nerviosos, sino que veía a través de ellos los problemas más diversos, desde los antropológicos hasta los éticos y filosóficos. Era de esos psiquiatras de selección de que habla Tanzi⁽⁵⁰⁾, por quienes la psiquiatría, especialidad tan modesta, ha llegado a ser una ciencia de las más aristocráticas, a pesar de sus deficiencias actuales por la posición que ocupa como rama de la biología. Centinela avanzada

(50) *Tanzi e Lugaro. — Malattie mentali — Pág. V.*

de esta ciencia en el campo de la especulación, tiene los brazos cortos, pero vé lejos; y si no vé muchas cosas, són vastísimos los horizontes que abraza, los ideales que tiene y sus contactos con las ciencias afines.

A esta clase de alienistas también pertenecía Morselli, a quien Ingenieros se parecía en tantos respectos y cuyo discípulo se declaró (51). Como Morselli, fué vehemente abanderado de la *filosofía científica* y del monismo, manera que adoptó en su tiempo el pensamiento naturalista; tuvo igual afán por emancipar la “psiquis” del espiritualismo filosófico mediante métodos objetivos, con la consiguiente intensa preocupación por la génesis de las funciones mentales uno de los problemas centrales de la “Antropología”, como lo fué en la “Psicología” de Ingenieros y en su “Ameghino”; el mismo interés por dotar a la psicología de un severo y claro lenguaje científico, como Morselli en psiquiatría; y hasta en los gustos literarios la común reverencia por D’Annunzio, a quien Morselli ofreció en 1915, en nombre de Génova intelectual, el caleo del León Véneto que habíase colocado en 1378 sobre el Palacio Municipal de Trieste. Podría repetirse de él lo que del sabio italiano escribe recientemente uno de sus biógrafos: “los argumentos más arduos, las filosofías más oscuras, las cuestiones más trabajosas se presentaban inmediatamente a su análisis asimilador en forma tan nítida y justa, que salían de su boca o de su pluma con palabras más claras, más simples, más felices que aquellas que le habían llegado”; y también le eran adecuadas las críticas que le dirige:

(51) V. la Advertencia de “La locura en la Argentina”. En una de las correspondencias de “Italia”, traza la siguiente semblanza del autor de la “Semeiotica”: “Enrique Morselli es una de las personalidades más conspicuas de la psiquiatría moderna. Alienista ilustradísimo, crítico penetrante, filósofo completo, escritor galano. El sabio está doblado por un artista. Sus obras más fundamentales, la Antropología y la Semeiología de las enfermedades mentales serán pronto libros clásicos. Hay en ellos erudición vastísima, claridad perfecta de estilo, disciplina ejemplar en el análisis, criterios sintéticos irreprochables. Ha sabido hacer de la psiquiatría lo que Lombroso no pudo hacer de la antropología criminal. Tiene, como Sergi, un riguroso espíritu de sistema. Cualquier alienista moderno puede llamarle maestro sin reticencias. El físico lo ayuda; es buen mozo, no obstante haber doblado a tiempo los cincuenta años. Sus colegas envidiosos contaron a los congresistas extranjeros que se tiñe el pelo y el bigote; es un pequeño desquite que se toman contra su mucho talento, pero es menester agregar que está muy bien teñido, si es verdad el chisme. Conversa muy bien y habla en público, desplegando una persuasiva elocuencia de hombre superior, de maestro que sabe mucho y dice muy bien su saber: parece nacido para la cátedra y merecería un puesto en la más eminente academia.”

“la versatilidad del ingenio, mientras le facilitó la obra de reconstructor científico, no le dejó tiempo para construir teorías personales, que exigen tenaz concentración sobre uno o pocos argumentos”. (52)

El especialista en enfermedades nerviosas, el psiquiatra que se pone en íntima relación con el espíritu de sus enfermos, que comprende sus sufrimientos y debe conquistarlos para poder efectuar su curación, está más obligado a conocer al hombre y penetrarse por todos sus problemas inmediatos y remotos, a interesarse por cuanto de vulgar y de trascendental les atañe. Es raro que lleguen a la psicología cirujanos, como Pierre Delbet y Billroth por ejemplo. Mucho más frecuente es que tal acontezca con los clínicos a lo Trousseau y Murri. Pero son los neuro-psiquiatras que a diario estudian la psiquis y sus manifestaciones patológicas los que tienen el privilegio de estar más cerca del hombre. William James y Wundt llegaron a la psicología a través de la medicina, y Ribot, si no fué médico, tenía toda su característica intelectual.

Esto era especialmente cierto en él, que siempre se había manifestado espíritu filosófico, que veía en cada problema concreto la totalidad inexhausta sin cuyo conocimiento no puede comprenderse cabalmente el detalle. Es así cómo pasó de la criminología al derecho penal, y de éste a los problemas básicos de la justicia y al estudio de los temperamentos; de la neuropatología, a la biología, a la psicología; de la ciencia del hombre a la economía política, a la sociología, a la historia; y por todas estas vías de las ciencias, a la filosofía, a la sabiduría. Era un espíritu verdaderamente enciclopédico, sobre el modelo de Aristóteles o de Spencer, aunque no vivió lo bastante para revelarlo plenamente.

Nadie como él se consagró a la cultura de los médicos, allí precisamente donde los rutinarios e incapaces niegan su valor y el del esfuerzo, como esas mulas, decía, que por la costumbre de marchar al paso han perdido el hábito del galope. No puede concebirse un médico inculto, cuyo solo enunciado es ya de por sí una contradicción. Por la naturaleza de sus funciones, es el hombre culto por excelencia, el que lo escruta todo, que está en el

(52) In “Quaderni di Psichiatria”. Núm. de Homenaje a Morselli. Enero de 1929. Págs. 16 - 17.

centro de la naturaleza anorgánica y de la vida, que aprecia la armonía y la cifra, que está más cerca que nadie del amor y del dolor y de la muerte. Todo confluye a ella y la meditación sobre los hechos de su experiencia le dan equilibrio y sabiduría. (53)

Son demasiados, empero, los que creen hacer ciencia por analizar aguas y sangre, describir eczemas o curar diarreas, o en fin acumular cortes histológicos, sin la remota esperanza de una idea general y con incurable aversión por toda innovación. Con gusto reproduce las palabras de Metchnikoff en la semblanza que de él hace: "Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado a ser hombre de ciencia, ni pensador, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta ser curandero legal y diplomado. Mis "estudios sobre la naturaleza humana" hacen sonreír a los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica o literaria. Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jalapas y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo; me resigno a ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del caranderismo." Precisamente porque castigó con frecuencia a los que no alcanzan la noble dignidad de la medicina, y porque se entretuvo en "diseñar con gracia el tipo vulgar del médico inculto, que fuera de su profesión es de una ignorancia sorprendente y odia al médico intelectual u hombre de letras", es que fué difamado y se le rodeó de una sorda hostilidad. Pero tampoco los filósofos le rindieron debido homenaje al punto que ni su nombre fué mencionado con motivo del Laboratorio de Biología en la Facultad de Filosofía y Letras, para cuya fundación donó sus sueldos de profesor, generosidad que era en él habitual. (54)

Esto es, a grandes rasgos, algo de lo que significa Ingenieros en nuestra cultura. Si a alguien le parece poco, que medite

(53) "Aprendiendo a meditar sobre las inquietudes del cuerpo se adiestran los médicos para sondar las del espíritu; el misterio de la enfermedad que tortura la entraña lleva a la contemplación del vicio que mina a la sociedad; el problema de la vida sobre la tierra, conduce a plantear el de ésta en el Universo; la muerte enseña a pensar sobre la falacia de todas las cosas humanas, perecedras como el hombre mismo. El estudio de las ciencias médicas ensancha el horizonte mental de los pensadores que lo emprenden; en todo tiempo hubo médicos que descollaron como humanistas" ("La personalidad intelectual de J. M. Ramos Mejía", Loc. Cit.)

(54) *Rodolfo Senet* — "Rev. de Filosofía" — Enero de 1926.

sin vanidad en lo que es la Argentina en la cultura del mundo. En muchos aspectos fué un maestro; su necesidad de educar fué siempre vehemente y le dedicó la mayor parte de su vida. Psh! un maestro, un pedagogo, un espíritu limitado, dirán por ahí. Sí, como en otros aspectos fueron maestros Sarmiento, Alberdi, Mitre, pues la Nación ha necesitado estos grandes maestros elementales que son como los sillares de la nacionalidad.

La protéica actividad dañó sin duda su producción científica, pues no era sólo cuestión de “pensar” la ciencia —así fuera con el fervor de un Renán o de un Berthelot— sino también hacerla. Ramos Mejía no le pudo transmitir lo que nó poseía: la disciplina, el método de trabajo, ni le enseñó las técnicas necesarias. Ingenieros lo sintió cuando después de habersele negado la cátedra de M. Legal, ausentóse del país y fué a instalarse a Heidelberg como modesto estudiante. Pero ¿quién osaría reprocharle esta diversificación? Es justicia recordar que ello no fué sólo por una necesidad de su espíritu. Se ha dicho que estos pueblos jóvenes obligan a los más capaces de sus hombres a una múltiple actividad, para responder a las muchas y variadas exigencias de su crecimiento, porque tampoco son muchos los que trabajan efectivamente en los dominios de la cultura. Es necesario cumplir la misión que nuestro tiempo y contemporáneos reclaman. Ingenieros se entregó valerosamente a ella sin escatimar esfuerzos, dando a su patria, como dice en la Advertencia de *La Revolución*, “el máximo de esfuerzo que le debe un ciudadano”. La Nación lo exigía así, y él lo acató como un imperativo de su propia voluntad. Cumplió magníficamente. Contribuyó a ello la feliz conjunción de sus aptitudes y preferencias íntimas con las de la época, como sucede con los grandes hombres.

*

* *

Señores: Acabamos de salir de una dura y larga prueba, en que tras el conflicto en apariencia puramente universitario, han estado tensas las fuerzas político-sociales, es decir las históricas. La experiencia, decía el excelente Agustín Alvarez, no consiste sólo en tropezar, sino en reflexionar sobre los tropiezos.

Fácil sería encantar vuestros oídos con los cantos de sirena que tañe aquí todo peregrino, aunque ya a nadie engañe: el cielo azul y la casa tricentenaria, las sierras y el atrayente silencio. Pero no tengo para la Universidad, para mis colegas y para mis alumnos homenaje más respetuoso y sentido que el de la verdad.

La Universidad de Córdoba, como toda institución, no puede constituir un islote en el medio en que vive y se nutre, ni continuar extraviada del tiempo. Siempre se verá contenida en su desarrollo por los conceptos predominantes de la vida y de sus manifestaciones. Importa mucho a esta casa de altos estudios que en el concepto general y en el de sus hombres, no se confunda la cultura con las formas decorativas del pensamiento; la virtud, la dignidad y las normas éticas, con la cauta prudencia, la "viveza" y las maneras corteses; los sentimientos religiosos, con las supersticiones vulgares; la actividad científica, con el éxito profesional; la trascendencia social de la Universidad, con su rendimiento industrial o la exaltación del clan; la tradición cultural, con la rutina o la veneración familiar; el honor de la docencia, con el cargo burocrático; el mérito, con el prestigio social; el esfuerzo, con la novelería y la dispersión; la difamación de la obra y la reputación ajena, con la justa crítica y el trabajo constructivo.

Toda esta lamentabilísima confusión de valores —en cuya base está el equívoco de superponer el éxito y los bienes materiales a los espirituales y a la verdad— constituye la profunda y poderosa corriente que se opone al perfeccionamiento colectivo y al engrandecimiento cultural.

Si hubiera de caracterizarse por un término ese espíritu hostile, enconado, contra toda nueva y mejor forma de vida, lo llamaríamos el *espíritu colonial* (55). Contra este espíritu retardatario lucharon bravamente en épocas difíciles el sanjuanino Sarmiento, los tucumanos Alberdi y Avellaneda, el riojano Joaquín

(55) Analizada en sus elementos éticos, en sus instituciones y órganos de cultura, Ingenieros reconoce en la *mentalidad colonial* tres rasgos característicos y convergentes: *Absolutismo político, absolutismo económico y absolutismo religioso*. "Era imposible la existencia de instituciones representativas que hicieran pesar el voto de los gobernados en la administración colonial; el régimen colonial constituía un rígido armazón de restricciones a toda iniciativa productora o comercial; los privilegios de la religión oficial eran coactivos de toda libertad de creencia y obstruyentes de cualquier anhelo de renovación cultural". ("La evolución de las ideas argentinas", tomo I, pág. 77).

González, el mendocino Agustín Alvarez, el cordobés Lucero, para no mencionar sino algunos de los hombres de primera fila nacidos en tierra adentro, vueltos bandera de los nuevos tiempos.

También ellos fueron en determinados momentos como “pajas al viento”, sostenidos sólo por la luz de la idea y la pasión humana que ardía en sus corazones. Pero al fin ¿qué queda de los que, frente a estos próceres, todo lo tenían y todo lo podían? ¿No constituye acaso su ideario el de nuestra nacionalidad?

Señores: Parafraseando a Nicolás Avellaneda podemos decir: Venimos de la Colonia del siglo XVI tal como la formó el genio sombrío de los Carlos y de los Felipes, vamos a realizar el ideal de un pueblo libre y digno, por la cultura, el trabajo y la justicia.

Estamos al comienzo de un nuevo ciclo de la civilización y la nueva generación de jóvenes, sintiéndose “contemporáneos del porvenir” (R. Rolland) es decir, de algo mejor que el presente, renuevan sus ideales con el entusiasmo, la rebeldía y el atrevimiento, índice de su juventud y de su fuerza. Hubo una época en nuestra cultura, y en la del mundo, época que remonta a Voltaire, al rey Voltaire, decía Charles Richet, la cual hacía depender de la ciencia —es decir verdad, es decir creación— el porvenir. Conocimos aquí uno de los últimos herederos de esa gloriosa tradición, a Nicolai. Pero la voz de los tiempos que se impondrá irrevocablemente, trae otro clamor: *Justicia*. Y digo a los jóvenes que me escuchan: *verdad y justicia*, he aquí los signos de los nuevos tiempos. Merecen que les consagremos nuestras vidas.

Córdoba, Abril de 1929.

GREGORIO BERMANN
 Profesor titular en la Universidad
 Nacional de Córdoba (R. A.)